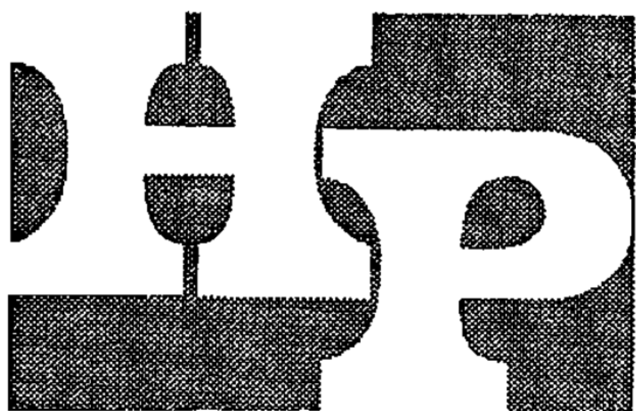


Keith Luger

TRES PATAS PARA UN BANCO





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

TRES PATAS PARA UN BANCO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 174
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 7480-1973

Impreso en España -Printed in Spain

2ª edición: mayo, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Roffy Adams, de sesenta años, sesenta kilos de peso y un metro sesenta de talla, empujó los batientes del bar y se acercó resueltamente al mostrador.

—Eh, mozo. Sírvame rápido porque estoy de mal humor —rezongó.

El hombre del mostrador se le aproximó pasándose la mano por la cabeza monda como un huevo.

—¿Qué desea, abuelo?

—Un *whisky* y dos mulas.

—El *whisky* allá va. —Cabeza de Huevo atrapó una botella y lanzó un chorro sobre un vaso que acababa de colocar con la otra mano—. En cuanto a las mulas, encontrará lotes buenos en el establo de Harry.

El viejo se echó al coleto el vaso de *whisky* y, tras una pausa, pestañeó:

—Al decir dos mulas me refería a dos tipos con buenos músculos. Me dijeron que aquí regalaban dos sujetos que me servirían para lo que llevo entre manos.

—Ya. Quiere a Osk y a Forget. Esos dos vagos que hacen de todo un poco. Es decir, nada.

—¿Son dos mulas?

—¿Quiere decir si servirán para acarrear sacos o descargar algo? El viejo golpeó la botella en demanda de otro trago.

El mozo le sirvió de inmediato y esperó la respuesta del anciano, que no tardó en llegar, porque se lanzó el licor al cuerpo de otro golpe.

—Necesito a esa pareja para que le ajusten las cuentas a cierto individuo.

—Ya caigo. —El mozo echó atrás la cabeza. Miró al viejo con cierta prevención—. Le aseguro que me había olido algo de esa

clase.

—Bueno. ¿Dónde están los artistas?

El mozo dio un par de palmazos. Al mismo tiempo hizo una señal con la cabeza hacia el fondo del local.

—Aquéllos son.

Roffy se dio vuelta y achicó los ojos.

La mesa del fondo estaba cubierta por dos masas de carne, que se empezaban a mover perezosamente.

Roffy les identificó con dos seres humanos, aunque de momento le fue trabajoso.

El más alto tenía las espaldas caídas, probablemente debido al peso de sus músculos. Su cabeza era pequeña y las orejas dos pegotes de carne.

Su compañero tenía mejor aspecto. Era bajo, de piel grasienta. Las extremidades cortas y pesadas le hacían semejarse a un gorila.

—Me gustan —dijo el vejete.

El mozo se retiró para servir a un cliente del otro lado, pero volvió al poco rato cuando la pareja se aproximó al mostrador.

—Eh, chicos —dijo—. Aquí el señor…

—Adanis —carraspeó el vejete.

—El señor Adams tiene faena para vosotros.

Los dos tipos asintieron de mala gana.

El grasiento se rascó la barbilla hendida y preguntó:

—¿Cuánto, paga?

Roffy sacudió el suelto del bolsillo produciendo un tintineo metálico.

—Hay dos dólares para cada uno.

El grasiento abrió los ojillos y sonrió con unas encías desdentadas.

—¿Lo oyes, Osk? ¡Estamos de suerte!

Osk pegó un gruñido. Luego agregó otro en distinto tono. El grasiento Forget aclaró:

—Osk es mudo. Pero habla con las manos. ¿De qué se trata, abuelo?

—Hay que ajustarle las cuentas a un tipo que se encuentra en la casa de habitaciones de ahí enfrente.

Forget se animó visiblemente.

—¿Una paliza, eh?

Roffy estiró las arrugas de su cara.

—Quiero que lo saquen por la fuerza. No saldrá de ahí por las buenas.

Forget dio una cabezada.

Empujó a su compañero, indicándole de aquel modo que había llegado la hora de trabajar:

Se volvió desde la puerta.

—Se le olvidó un detalle, abuelo. ¿Quién es el tipo?

—Ted Hammer. Joven, agalludo, moreno. Tipo peligroso, muchachos.

Forget se frotó las manos. Guiñó un ojo.

—¿Sabe una cosa, abuelo? Un trabajo de ésos lo hacemos por un dólar por cabeza. Si hubiera regateado… Pero avívese usted, abuelo. Para eso ha vivido muchos años.

—No me arrepentiré de darles la plata si consiguen traerlo.

Forget rió con fuerza.

—Ya puede considerar que lo tiene aquí delante.

Los dos tipos musculosos salieron del local.

El mozo de la cabeza monda se inclinó por encima del mostrador.

—Lo que ha dicho Forget es cierto, abuelo. Ha hecho usted el primo dándoles dos dólares por cabeza. Fue demasiado aprisa en ofrecerles el dinero.

—El tipo que tienen que tratar es duro. Muy duro.

—¿Por qué está usted tan quemado, señor Adams?

—Para que se lo cuente, tendrá que llenarme por tercera vez el vaso. La rabia me reseca la garganta.

El mozo le sirvió otra ración.

—Beba y cuente, señor Adams. Desahóguese.

Adams probó ahora un trago y se quedó con el vaso en la mano.

—Ted Hammer es el individuo más sinvergüenza que he tropezado en mi vida.

—¿Le timó o algo parecido?

—Lo que hizo conmigo no tiene nombre.

—Todos tenemos esa clase de enemigos.

—Él es distinto. Es mi amigo.

—Toque madera, señor Adams. Los mejores amigos se la juegan a uno. ¡Si yo le contara!

—Soy yo el que cuenta, melenas —rezongó Roffy—. Ese pájaro me dejó en la estacada a un par de pueblos de distancia de aquí.

—Se le fugó con dinero. Usted tiene aspecto de ganadero. Vendieron el ganado y el tipo se largó con la pasta. ¿A que sí?

—Muérase, hombre. Nunca he tratado con reses más que en forma de bistec.

—Bueno, siga.

—Ted Hammer y yo hicimos un trabajo en Abilene. Cazar a un trío de pajarracos que llevaban a las autoridades de allí de cabeza. Nos dieron trescientos dólares por la faena.

—Infiernos, nadie diría que usted es un gun-man.

—Y no lo soy. Fue Ted quien liquidó al trío. Sí, señor. Ese sinvergüenza tiene un arte con el gatillo que deja blanco a Jim Scarpa, Johnny Ringo y otros más.

—Caramba, si se entera el *sheriff* de aquí.

—Ted está dos días en la ciudad.

—¿Cómo? ¿En Pratterville?

—Ya le he dicho que me dejó plantado dos pueblos más allá. Fue en la estación del ferrocarril. Me dio cincuenta dólares para gastos de viaje y me dejó en el andén yendo a la busca de los billetes.

—Y se largó con los doscientos cincuenta restantes, ¿eh? Vaya, no es muy nuevo el truco. Pero veo que todavía resulta.

Roffy Adams depositó el vaso sobre el mostrador después de atizarse otro trago.

—No entiende bien. Ted se largó por los billetes sin pensar hacerme la faena. Pero se encontró con una fulana de artesanía y ella se encargó de escamotearlo. Me lo contó el tipo del despacho de boletos.

—Para que se fíe de las amistades —comentó el mozo.

—No sabe lo que he sudado para localizarlo en esta ciudad. Acabo de enterarme de que todavía está con la viajera. En el hotelito de ahí enfrente. Parece que tienen muchas incidencias que contarse.

El mozo se pegó una palmada en la frente.

—¡Demonios, ya caigo! El escribiente de la Antorcha del Viajero, así se llama el hotel, me dijo que un tío y su sobrina habían llegado muy cansados del viaje y que hacían pedidos de pollo y *whisky*

desde hace dos días.

—Ellos son —masculló Roffy.

El mozo rompió a reír echando la cabeza atrás.

—Claro que lo traerán… ¡Eh! ¡Ahí vienen!

Roffy y Forget se volvieron hacia la puerta.

Osk y Forget venían con Ted Hammer.

Pero era Ted quien los traía.

Ted Hammer, de veintiocho años, moreno, un metro noventa y fuerte constitución, se las ingenió para entrar arrastrando los desvanecidos cuerpos de Osk y Forget.

Como tenía dificultades en pasarlos por los batientes, una vieja rubia, muy pintarrajeada, bajó de la rodilla de un agente de piensos y sostuvo una de las puertas.

Ted sonrió inclinando la cabeza.

—Gracias, señora —dijo.

Entró con los dos tipos arrastrando.

—¡Ted!

En eso, Ted Hammer se detuvo al verlo. Le dirigió una mirada reprobatoria.

—De modo que has sido tú, ¿eh, Roffy? Les has pagado.

—¡Tenía que encontrarte de algún modo! ¡Me arrojaron a patadas de ese condenado tugurio!

Ted dejó caer los dos cuerpos sin mucho miramiento. Se palmeó las manos.

—No me molesta que me hayas enviado dos matones. Lo único que me enoja es que malgastes el dinero en estas cosas, ahora que estamos otra vez sin blanca.

El viejo soltó un quejido y apoyó la cabeza en el mostrador. Golpeó con la frente queriendo hacerse daño. Y se hizo.

CAPÍTULO II

Un rato más tarde, Ted Hammer cruzó la calle escuchando el sonante quejumbroso del viejo Roffy que le seguía pegado a los talones.

—Deja de lamentarte, Roffy —dijo Ted.

—¡Sabia que te desplumarían! ¡Sólo te perdí de vista un momento, y fue bastante para que te largaras con la pájara! ¡Tienes que encontrarla para que te devuelva el resto!

—Demasiado tarde. La chica ha volado.

—No.

—Tenía a su tía Elisenda agonizando al otro lado de la frontera. ¡Pobre chica! No sé si llegará a tiempo de verla viva.

El viejo soltó un amargo relincho.

—¡Santo cielo! ¡Doscientos cincuenta dólares en dos días!

Ted llegó ante el edificio de dos pisos y se dio vuelta hacia el anciano.

—Lo importante es que hemos terminado con la persecución de Scob Darrat.

Roffy abandonó el suelo de un salto.

—¡Scob Darrat! —exclamó—. ¿Dónde está?

—Aquí, viejo loro. Era lo que trataba de explicarte desde que nos hemos encontrado. Por eso esperé dos días.

—¿Sí, eh?

—Cuando fui por los billetes en la estación de Culver lo vi subir en el otro tren que ya se ponía en marcha. ¿Entiendes? No tuve más remedio que abandonarte en el andén para poder pescar al tipo. Tomó el tren de milagro.

—Claro, se ve que la rubia de artesanía te impidió ajustarle las cuentas a Scob Darrat en el mismo tren.

—Me distrajo un poco —tosió Ted—. Pero te puedo jurar que Scob no se hizo visible. Para mí, que trepó al techo del vagón o cosa

parecida.

—Sigue.

—Ya está todo contado, Roffy. Supuse de inmediato que tú sacarías conclusiones y te reunirías conmigo en Pratterville.

El rostro del anciano se arrugó al pensar en Scob Darrat.

—De modo que al fin lo hemos localizado.

—Sí, Roffy. —La mirada de Ted se endureció un momento—. Y va a escupir los cien dólares que te timó con el negocio de coles mexicanas, o sabrá quiénes somos.

Roffy entornó un ojo.

—¿Cómo sabes que está aquí después de dos días de recalar en Pratterville?

Ted se aclaró la voz.

—Todo tendré que decírtelo, viejo tiburón. Scob Darrat viene aquí a descansar de sus inmundos negocios. Sí abuelo, hemos tropezado con su escondrijo. Pratterville. Estuve vigilando sus movimientos desde la ventana de la casa de departamentos.

—¡Por todos los infiernos, démonos prisa antes de que lo ordeñe alguna artesanal!

—Lo atraparemos con los bolsillos llenos, abuelo. Ya te dije que desapareció un par de veces. Una en el tren y otra aquí mismo. Pero hace un rato que lo he visto llegar con la cara resplandeciente.

—¡Eso significa que tiene dinero, Ted!

—Y significa que va a devolvernos los cien de las coles mexicanas para conserva.

—¡No me las nombres más, muchacho! —Roffy cerró los ojos—. Cuando pienso que ese sinvergüenza me engatusó con aquel negocio de conservas de col, empiezo a ponerme seriamente enfermo.

—Pues cúrate en salud. ¡Arriba!

Ted entró resueltamente en la casa, seguido de Roffy.

De pronto tropezaron en el vestíbulo con un sólido muro.

Sin embargo, Ted y Roffy se fijaron atentamente y se dieron cuenta de que el muro era un sujeto de dos metros de talla, cara aplastada y ojillos en forma de rajas.

—¿Qué forma de entrar es ésa? —preguntó el gigante.

Ted lo miró a la altura de los ojos, porque sólo le llevaba un par de dedos de estatura.

—Queremos hablar con el señor Darrat —codeó a Roffy.

Roffy guiñó un ojo asintiendo.

—El señor Darrat —dijo—, nos espera desde hace tiempo.

El gigantón de la recepción se les quedó mirando.

—Ajá. Ustedes son los que han hecho que me gane cinco dólares de parte del señor Darrat.

—¿Sí? —dijo Ted.

El gigantón se masajeó el mentón sonriendo plácidamente.

—Verán —dijo—, el señor Darrat me describió a ustedes dos. Dijo que en cuanto aparecieran los sacara a empujones. También me dijo que se resistirían. Entonces sólo tenía que dejarlos anudados uno contra otro en la acera. Por eso, sólo me dio cinco dólares.

Ted y Roffy cambiaron una mirada.

El gigantón acarició la testa del anciano.

—Quisiera ganarme esa plata —dijo.

Ted tosió.

—Muchacho. Usted tiene cara de bonachón. ¿Qué le parece si le doy un dólar y nos deja pasar? Agréguelo a los cinco de Darrat y considérese hombre.

—Nones.

—Vamos, Goliath. Tenemos una reunión de negocios.

—Largo.

—Se pone difícil, ¿eh?

En eso, una dama rubia, de unos treinta y cinco años se destacó por el hueco del vestíbulo fumando en una larga boquilla.

—Sácalos de una vez, Luke.

Ted se volvió hacia ella y cabeceó en una reverencia.

—Muy buenos días, señora. ¿Usted es la dueña de esto con piernas? —señaló al gigantón.

La dama de la boquilla se adelantó, mientras sacudía la ceniza.

—Luke es bueno, señores. Pero en cuanto le ordene que salte sobre ustedes ya será demasiado tarde para que se acuerden de la familia. Conque salgan y no traten de molestar a mi cliente, el señor Darrat.

Ted sonrió a la dama e hizo otra reverencia que fue copiada por el viejo Roffy, ya presa del nerviosismo.

—Señora —dijo Ted—, nos ha convencido usted. Vamos a

molestarlo.

La mujer de la boquilla atirantó el copioso *rouge* con una mueca.

—Salgan.

Luke sonrió dulcemente.

—Yo mismo los sacaré en brazos. ¿Vamos, pequeños?

Ted lo esperó. Roffy saltó al mostrador impulsivamente. Hizo bien porque aquello distrajo a Luke un segundo cuando ya se lanzaba sobre Ted.

Ted Hammer conectó un directo al estómago del gigantón y lo dejó muy sorprendido.

Sin embargo, el gigantón siguió adelante y devolvió el golpe, que dio en el vacío porque el joven ya no estaba en el mismo lugar.

—Aquí, Luke —avisó Ted, por detrás de él.

El enorme Luke se volvió lleno de asombro y entonces recibió un impacto en el cuello. Se puso rojo. Le faltaba el aire. Se ahogaba irremisiblemente.

Entonces, Ted lo sacó del apuro pegándole, con fuerza en la quijada.

El grandullón aspiró con fuerza aprovechando el aire que surcaba camino de la puerta. La arrancó de cuajo porque desgraciadamente se abría hacia dentro. Se la llevó consigo. Y tampoco le acompañó la suerte cuando frenó en seco contra la columna del soportal, junto a la cabeza.

Sin embargo, había recuperado la respiración y ahora resollaba plácidamente. Dormía.

Ted chascó la lengua y se volvió para presentar excusas a la dama. Pero sólo vio la boquilla en el suelo.

—¿Vamos, Roffy? —dijo Ted. Empezando a subir las escaleras.

Encontraron a Scob Darrat en la sala grande de la casa, rodeado de las, huéspedes de la señora de la boquilla.

Scob Darrat era un sujeto alto, fuerte y rubio.

Las chicas reían en torno a él, que estaba enfrascado en su juego favorito. La gallina ciega.

Darrat llevaba un pañuelo en los ojos y atrapó a una pelirroja.

—¡Lola! ¡Eres Lola!

La pelirroja rió en sus brazos.

—¡Pagas! Soy Lili. Suelta el dólar en la hucha.

Darrat rió.

—Canastos, he perdido práctica. Juré que eras Lola por el olor.

—Es que las dos compartimos el mismo frasco de perfume, tonto. Darrat le puso un dólar en el escote.

—¡Bueno, chicas! ¡Allá voy!

Todas gritaron saltando por los divanes y sillones.

Alcanzó a una morena de ochenta kilos en bruto.

—¡Janine! ¡Tú eres Janine!

La morena le soltó un revés tirándolo en el sillón de atrás.

—Soy Esther, ricura —masculló—. Si me vuelves a confundir con esa pájara…

—¿Quién es una pájara? —gritó ahora la verdadera Janine.

Echó fuego por los ojos.

Las dos mujeres se acercaron una a la otra ominosamente. Darrat chascó la lengua.

—Infiernos, tengamos la fiesta en paz. Un dólar a cada una y nada de pelearse. ¡Allá voy!

Se recobró el buen humor. Las muchachas correteaban por la sala.

Los brazos de Scob Darrat se cerraron en torno a otro cuerpo. El del viejo Roffy Adams.

—¡Ahora sí que acerté! ¡Tú eres Susuky! ¡La japonesita nueva! Te he reconocido por la osamenta. Infiernos, nena, tienes que comer más gachas. O arroz con patatas como en tu pueblo.

Las mujeres reían a coro porque Darrat acababa de atrapar al viejo, que estaba en la puerta acompañado del joven alto.

El anciano le miraba con una mueca de repulsión en el rostro, pero se dejaba conducir a través de la distancia.

De repente, Darrat frenó en seco. Husmeó.

—Demonios, Susuky. Todavía hueles a la bodega del barco. ¿Es que no funcionan las duchas en esta casa?

Las muchachas se tronchaban. La intromisión de los dos desconocidos, aportaba algo nuevo al juego.

Darrat palpó el rostro de la supuesta Susuky y se llevó un sobresalto.

—¡Barba! ¡Dios mío! ¿Qué broma es ésta, nenas?

Trató de levantarse un poco la venda.

El viejo se le escurrió estoicamente. Darrat tanteó de nuevo y

tropezó con la nariz de Roffy.

Darrat lanzó un respingo.

—¿Qué berenjena, te has puesto en la cara, Susuky? ¡No conseguirás despistarme a pesar de tu disfraz! ¡Susuky! ¡Eres Susuky!

En eso Darrat escuchó la voz de Ted Hammer.

—Paga el dólar. Scob. Has fallado.

Darrat alzó un poco la venda y su ojo bailoteó al ver el ajado rostro de Roffy.

—¡Roffy… y Ted Hammer!

Se bajó la venda para no verlos y dio media vuelta en dirección a unas cortinas, corriendo como un poseso.

Ted Hammer le dio alcance en el centro del salón.

Los dos cuerpos se vinieron abajo con estruendo. Una mesita baja quedó triturada al ser embestida por los dos hombres que semejaban un cilindro de apisonadora.

Las chicas se olieron un drama y salieron de la sala pegando gritos de alarma.

Ted consiguió incorporarse manteniendo a Scob en lo alto de los brazos y lo arrojó violentamente contra uno de los sofás.

El sofá crujió reventando el tapizado, pero después de unos cuantos golpes, el rubio Scob quedó despatarrado, los ojos muy abiertos.

En eso, el viejo Roffy se le acercó empuñando el «Colt».

—Aquí está Susuky con el premio.

El rubio pegó un quejido.

—Eh, muchachos, ¿qué vais a hacer?

Ted Hammer se acercó acariciándose los nudillos.

—Una autopsia.

Darrat lo apuntó con el dedo.

—Eh, ¿qué son esos malos pensamientos? ¡Tengo que explicaros muchas cosas antes de que…!

—Basta, Scob —cortó Hammer—. Le sacaste al viejo Roffy los cien pavos con aquel condenado negocio de las coles mexicanas.

—¡Te juro que se pudrieron por el camino, Ted! ¡Te lo juro!

—¡Vaya!

Darrat se humedeció los labios.

—Fue el calor. Ted —dijo apresuradamente—. El condenado

calor de Nuevo México. Si hubiera ocurrido todo un par de cientos de millas más arriba, os hubierais hecho de oro, colocando las coles en aquella fábrica de «chancrente» que tiene montada el alemán. ¡Ochocientos dólares habríais ganado, muchachos!

—Basta. Scob.

Scob Darrat se pasó la mano por el platinado cabello.

—Está bien, muchachos. Está claro que con vosotros siempre tendré la fama de un granuja, de un estafador. ¡Pero sólo quiero vuestro bien!

El viejo Roffy lanzó una exclamación de alarma.

—¡Maldita sea! ¡Ted! Si no lo cortamos en seco, nos colocará un truco, historia, o cosa por el estilo y aún tendremos que devolverle dinero.

—¡Tú lo has dicho, Roffy! —exclamó el rubio aprovechando el pie que le daba—. ¡Debéis dar gracias al cielo por encontrarme! Solamente Scob Darrat puede enriqueceros de la noche a la mañana.

Ted apoyó un pie en el sofá.

—Escupe los cien dólares y te aseguro que te llamaremos papá.

—Un padre. Sí señor —repitió el rubio—. No he sido más que un padre para vosotros. ¿Y cómo me lo pagáis? Ahora me queréis perforar, golpear… ¡Ah, ingratitud!

—Los cien, Scob —dijo Ted.

Darrat alzó la barbilla.

—Muy bien, muchachos. Allá voy. Aquí los tenéis…

Se lanzó de cabeza contra Ted y lo golpeó en el estómago.

El revólver de Roffy se disparó haciendo estallar un desnudo en yeso que descansaba sobre una repisa.

Ted se movió rápido en el suelo, y se incorporó a tiempo.

Scob Darrat ya trepaba por el alféizar de la ventana para fugarse por el alero.

Ted tiró de la pierna del rubio, alcanzándolo de milagro.

Lo derribó sobre la alfombra.

Aún quiso el rubio sacudir un patadón al estómago de Ted. Pero el joven le asestó un revés en la boca y lo tumbó en el suelo. El rubio quedó sentado y se restañó la sangre del labio.

—Pagaré —dijo.

Y fue entonces cuando, por primera vez, sacó los bonos contra

un Banco imaginario.

CAPÍTULO III

El rubio Scob lanzó el puñado de bonos, grandes como hojas de periódico, y se cruzó de brazos…

—No os voy a dar los cien, ni los mil, ni los diez mil. Os voy a dar una fortuna, muchachos. Cogedla.

El anciano Roffy dio un respingo y correteó con el «Colt» en la mano.

—¡No le escuches, Ted! ¡No lo escuches!

Ted Hammer dio la vuelta a los bonos sirviéndose del pie.

—¿Prefieres comértelos uno a uno? ¿O hacemos una bola y los pasas con un poco de agua, Scob?

Darrat abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Comerme unos bonos que valen una fortuna? ¡No podéis hacerme eso!

Ted dio una cabezada hacia el viejo.

—Anda. Roffy. Trae esa jarra.

El viejo gruñó trotando hacia una jarra con dos asas.

Darrat gritó:

—¡Maldición! ¿Tendré que convenceros con toda clase de pruebas? ¿Qué clase de cabezas duras sois los dos? ¡Muy bien! ¡Ahí lo tenéis!

Ted advirtió:

—Otra jugada y ganarás un chichón como una sandía.

El rubio lanzó un pesado paquete envuelto con periódicos, que al romperse mostró unas planchas de metal.

—A punto de imprimir. ¿Ahora qué me decís?

Ted y el viejo se quedaron de muestra.

Roffy pegó un respingo.

—¡Dios Santo! ¡Ya nos está engatusando otra vez!

Darrat maldijo amargamente.

—¡Condenada suerte! ¿Por qué tuve que cruzarme con esos dos

tarugos? ¡Señoras y caballeros, miren a las dos molleras más duras de todo el estado de Texas!

Ted torció el gesto.

—Corta el discurso, Scob. O tendrás que interrumpirlo para escupir un par de dientes.

Roffy lanzó una exclamación al hacerse cargo de las planchas grabadas.

—¡Son planchas para fabricar billetes! ¡Este pájaro quiere que nos convirtamos en falsificadores, Ted!

Scob Darrat se dejó caer desganadamente en un sillón cojo.

—¿De qué está hablando ese viejo loco? Enciérralo, Ted.

El joven Ted se acercó calmosamente.

—Ya sé que no son planchas para reproducir billetes. Son para fabricar más bonos como éstos. ¿Pero qué diferencia hay?

Ted suspiró Darrat con aspecto de vencido, lo malo que existe entre nosotros es la diferencia de cerebros. Los vuestros van un siglo a la zaga del mío.

—Desde luego, vivales. Pero sólo en ciertos aspectos.

—Por eso seríais capaces de sospechar, aunque os pusiera barras de oro en las manos.

—Nos olería un poco mal. Scob. A putrefacción.

Scob Darrat se incorporó rabiosamente en el sillón y declamó con fuerza:

—¡Os estoy proponiendo un negocio que equivale a tener barras de oro! ¡Un negocio más honrado del mundo amigos míos!

El viejo Roffy levantó el «Colt», lleno de alarma.

Cuidado, Ted. Cuando habla así, es verdaderamente peligroso, Ted empujó al rubio contra el respaldo del sillón.

—Las tres y media, Scob. Quiere decir que se te acabó el plazo para tomarnos el pelo.

Scob Darrat se puso en pie y alzó la barbilla, cubierto de oprobio.

—Muy bien, muchachos. Golpeadme, matadme, haced de vuestro mejor amigo un montón de carne picada para albóndigas. Pero luego orad sobre el cadáver de un hombre que ha querido recompensaros ciertos malos ratos y ha pretendido ayudaros a abrir un Banco.

Ted y Roffy se aproximaban hacia el rubio y de repente frenaron

en seco.

—¿Un Banco? —dijeron Ted y Roffy.

Scob Darrat sacudió la cabeza, lleno de pesadumbre.

—Un Banco, muchachos. Quiero poner en vuestras manos el mejor negocio que me reservaba para mis años de senectud, de invalidez.

Roffy pegó un salto.

—Claro que quedarás inválido. ¡Pégale fuerte Ted!

Pero Ted se hallaba ahora observando los bonos, las planchas grabadas y la expresión del rubio.

—¿Un Banco? —dijo.

—Sí, señor —asintió de un cabezazo el rubio—. Hablo de un Banco que va a inaugurarse en la región minera de Long *Poney*.

—¿Cómo se llama ese Banco?

Scob Darrat alargó el cuello al carraspear. Cerró los ojos.

—En, realidad se trata de una pequeña oficina. Hay un letrero en la puerta que dice: «Ted Hammer y Roffy Adams, banqueros». Simplemente.

—Ya. —Ted ladeó la cabeza—. Estos somos nosotros, y el letrero está en tu imaginación. Estás en trance, ¿eh?

Scob continuó con los ojos cerrados.

—Lo veo como en una bola de cristal, ved. Veo una modesta oficina. Una puerta encristalada por la que entran los mineros a depositar la plata… Los capataces para depositar billetes. Los habitantes de la nueva ciudad minera que os piden préstamos para poner en marcha los equipos de perforación. Veo eso y muchas cosas más… Vuestra arca está llena de dólares, cien mil, doscientos mil quinientos. Y a Roffy sentado en su despacho de presidente de la firma «Roffy Adams y Ted Hammer, banqueros». Nadáis en la abundancia.

El viejo Roffy también tenía echados los párpados, embaucado por la palabrería de Scob y ahora su rostro arrugado mostraba una expresión beatífica.

De repente, abrió los ojos de par en par.

—¡Demonios! —exclamó—. ¡Ya me había contagiado! ¡Este pajarraco sería capaz de hacernos creer que un burro vuela!

Ted se había dejado caer en uno de los divanes y sopesó las planchas metálicas.

—¿Cómo se maneja esto, Scob?

El rubio trotó hacia él.

—Estos hierros me costaron cien dólares.

—¿Los nuestros, eh?

—¡Pero vais a recoger los frutos!

—Bueno, sigue Scob.

El rubio cobró vitalidad.

—La idea se me ocurrió cuando unos tipos me hablaron de la plata hallada en el suelo de Long *Poney*. Los negocios empiezan a florecer en aquel descampado. Hay un médico, dos adivinadoras, una droguería y un par de almacenes. ¡Y todas empiezan a enriquecerse! ¿Comprendes, Ted?

—Adelante, Scob.

—De repente me dije que allí hacía falta un Banco. No existe un Banco en cien millas a la redonda y se me ocurrió.

—Así por las buenas.

—Pura inspiración. Ted. Los mineros y otros negociantes necesitan un lugar donde se centre el dinero. ¿Comprendes? En Long *Poney* pululan un par de prestamistas. Pensé que podía barrerlos con facilidad, montando una oficina seria. Claro está, la casa de Banca tendría necesidad de fondos para comenzar sus funciones, unos miles de dólares. Entonces se me ocurrió lo de los bonos. Estuve un par de noches sin pegar ojo. Pero di con la clase. Unos bonos eran lo que hacía falta. En cuanto los habitantes de Long *Poney* vieran unas láminas por cien dólares con el busto del director gravado en el centro, unas láminas de colores vivos y otros detalles de atracción, correrían a poner en circulación el dinero. Eso me ayudaría a montar un fondo.

—Y en cuanto el fondo fuera jugoso, te habrías largado.

Scob torció la cara.

—Confieso que fue lo primero que me vino a la cabeza, Ted. Pero luego vi que la idea podía rendir mucho más. Fue cuando pensé en seguir ese negocio honrado. Apartarme de los trapicheos que sólo dan para *whisky*. ¿Comprendes?

Roffy se interpuso entre Ted y el rubio.

—Ted —dijo lastimeramente—. Si sigues dándole cuerda, te ahorcará con ella. ¡La tienes en torno al cuello!

Ted miró al anciano.

—Es buen asunto. Roffy.

—¡No!

—Sí, Roffy. Este badulaque ha dado con un filón en medio de la basura que segrega su retorcido cerebro. Ha dado en el clavo.

—¡Condenación, sabía que te engatusaría, Ted! —gimió el anciano.

—Te digo que hizo pleno.

—¡Dios Santo! ¡Te atrapó, Ted!

Scob lanzó una carcajada triunfal.

—¿Te duele, Roffy? Da gracias al despejado cerebro de Ted que ha podido ver luz. Mereces quedarte fuera de la firma.

Ted lanzó la plancha sobre la alfombra.

—¿Qué tenemos que hacer con las planchas, Scob?

—En primer lugar, buscar una imprenta decente y que os impriman bonos para parar un tren.

—Sigue, Scob.

—Por supuesto, es necesario pensar en la litografía que irá en el centro del bono. ¡Ya lo tengo!

—¿Qué es lo que tienes, Scob?

El rubio sacó un puro de bolsillo y lo metió en la entreabierta boca del vejete. Le cerró la mandíbula de un papirotazo. A continuación, tomó su propio sombrero «Stetson» recién comprado y lo atascó en la cabeza del anciano. Lo enderezó por los hombros y dijo:

—Aquí lo tienes. Ted. Fotografiaremos a Roffy. Él será quien vaya en el centro de los bonos. ¿Entiendes? Después de rapado convenientemente dará el peso para adornar dignamente los bonos nuevecitos.

El viejo escupió el cigarro.

—¡No y mil veces no!

Ted lo miró ceñudo.

—¿No lo comprendes, Ted? ¡Esa misma fotografía será la que reproduzcan en todos los pasquines cuando pongan precio a mi cabeza! ¡Cuando se descubra todo y nos persigan!

—No van a perseguir a nadie, Roffy. Scob ha dicho que montaremos un negocio honrado.

Roffy rió amargamente.

—¡Miren quién habla de negocios honrados!

Scob sacudió la cabeza.

—Vamos, abuelo. Siempre serás un maldiciente. Andando, Ted. Tenéis mucho trabajo por delante para montar vuestro Banco.

Ted. Roffy y el rubio fueron hacia la puerta de la sala.

El rubio les estrechó las manos.

—¡Que el Cielo os acompañe!

Ted se quedó clavado en el sitio.

—Tú también vienes, Scob.

El rostro del rubio delató alarma.

—¿Yo?

—No podemos dejarte aparte en este asado tan sabroso. Debes participar en tu estupenda idea.

Ted sonrió a su vez.

—Podéis mandarme una parte de los beneficios por correo. Pongamos una cuarta parte del asado.

Ted sonrió a su vez.

—Tendrás un tercio como cada uno de los socios. Tú vienes, Scob.

—No, muchacho. Tengo otros trabajos entre manos.

—Esto es bueno, Scob —guiñó Ted un ojo.

—Te aseguro que no puedo, muchacho.

Ted se le aproximó.

—Ahora podrás…

Al mismo tiempo le soltó la derecha.

Estalló en la mandíbula del rubio.

Su cuerpo golpeó contra la pared.

El viejo Roffy lo alcanzó antes de que cayera al suelo. Se dejó ayudar por Ted y lo cargó al hombro.

Ted palmeó al anciano cargado con el pesado rubio.

—Ahora a la litografía, Roffy. Sacas el revólver cuando despierte y lo retienes hasta que me reúna con vosotros.

El viejo pestañeó.

—¿Y tú no, vienes?

Ted carraspeó.

—Tengo que pensar un rato a solas con todo este complicado asunto. Andando, Roffy. Luego nos veremos.

El viejo se largó rezongando.

Ted retornó al centro de la habitación.

En aquel momento, las chicas regresaron apareciendo por entre cortinas que ocultaban pasillos interiores.

Ted les sonrió simpáticamente y ellas cobraron confianza.

En eso vio la venda del rubio en el suelo. La recogió y le dio vueltas con el dedo.

—Bueno, chicas. Siempre tuve curiosidad por saber cómo diablos es este juego.

Las muchachas se acercaron riendo.

La bella pelirroja Lili lanzó una carcajada camarina.

—¡Nosotras te lo enseñaremos, valiente! —saltó por un diván. Tomó la venda de manos de Ted y comenzó a cubrirle los ojos.

CAPÍTULO IV

En Long *Poney* no había calles. Se trataba de una gran extensión llena de agujeros, barrancos, lomas y algunas edificaciones construidas caprichosamente. Los habitantes, casi todos mineros, pululaban por entre los accidentes del terreno y los barracones, entremezclados con perros, gallinas y alguna vaca suelta que se sumaba a la baraúnda con sus mugidos.

Los clientes que se hallaban en el porche del *Poney* Saloon comenzaron a abrir los ojos al ver un cartelón que cruzaba la multitud, acarreado por un sujeto que dejaba ver solo los hombros.

El cartelón decía:

«Hammer, Adams, Darrat y Compañía. Banqueros».

El pesado letrero avanzó y finalmente se detuvo ante una serie de media docena de casas.

Por detrás del letrero apareció el rostro alarmado del viejo Roffy.

Ted Hammer se le aproximó en aquel instante, por detrás y lo tocó en el hombro.

—Por todos los infiernos, Ted. Pensé que era aquel sastre. —Deja en paz al buen hombre.

—¡Ese tipo nos perseguirá por todo Texas para cobrar los trajes que nos ha hecho!

—Le dimos un bono, ¿no?

—No me hables de bonos, Ted. Estoy que la camisa no me toca el cuerpo.

—¿Ocurre algo, Roffy?

—De momento, no tenemos local.

—¿Qué estás diciendo?

—El tipo que nos vendió esa oficina dice que tendremos que

limpiarla nosotros. ¿No sabes qué hay en la oficina?

—Dilo tú, Roffy.

—Está atestada de gentuza que se juega el dinero a los naipes. El tipo que nos ha traspasado ese chamizo insiste en que despedir a esa gentuza forma parte de la operación de limpieza y demás.

—Tendremos que trabajar, Roffy. —Lanzó un beso a una rubia asomada a una ventana.

El viejo atrapó el canelón y fue en pos de él.

—Condenado me vea. Llegas aquí y lo primero que haces es enredarte con esa de la ventana. ¡Y yo con el canelón a cuestas!

—¿Y Scob?

—¿Scob? —El viejo viró en redondo y el extremo del cartelón abatió a un sujeto barbudo, derribándolo de bruces en un charco de barro. Roffy no se dio cuenta de nada—. El rubio está tratando de colocar los malditos bonos. Dios nos ayude para que no se largue con la pasta.

Ted se detuvo ante la última casa. Era la oficina.

En eso llegó Scob resollando. Lanzó un grito de alegría.

—¡Muchachos! ¡He vendido cincuenta y dos bonos!

El viejo Roffy abatió la cabeza con reverencia.

—Creo en los milagros.

El rubio se frotó las manos.

—Aquí traigo los quinientos dólares.

—¿Quinientos? —Ted arrugó el entrecejo.

—No pretenderás que sacara el cien por cien. Los he tenido que vender por la décima parte de su valor. Aún, así estuvieron a punto de lincharme. Los acabé de vender al pie de la horca.

—Lo creo —dijo Roffy.

Scob Darrat lanzó una carcajada.

—Ahora a lo nuestro.

—Un momento. —Ted le puso la mano en el pecho—. Escupe el resto.

—¿Qué resto?

—No te hagas el loco, rubio. —Ted chascó la lengua—. Sé que algunos bonos los vendiste por la mitad.

—¿Quién lo dice?

—La adivinadora de aquel barracón. Infiernos, no sé cómo pudiste colocar unos cuantos por la mitad del valor nominal a una

adivinadora.

—¡Te engañó, Ted! ¡No creas en brujas!

—Saca el resto.

Scob vio el puño de Ted y comenzó a mascullar cosas desagradables entre dientes.

Finalmente vació los bolsillos.

Ted contó el dinero. Ochocientos dólares.

Scob gruñó.

—Me reservé un poco por si marchaban mal las cosas y asegurar la retirada.

Roffy rió con pesar.

—Siempre pensando en darnos sorpresas, hijo. ¡Maldito seas!

Scob recobró el buen humor riendo sonoramente.

—Bueno, chicos llega Chivo Loco.

Chivo Loco era el viejo que les había vendido la oficina por cincuenta dólares.

El tipo se tironeó de la barba y escupió con rabia.

—¿Qué quieren que haga? ¡Esos tipos de ahí dentro no se van por nada del mundo! Sáquenlos ustedes.

Ted miró por la ventana y vio a un puñado de hombres arrodillados en las tablas del suelo, dedicados a los naipes y dados.

—Saldrán —dijo.

Chivo Loco todavía maldecía entre dientes.

—Ha sido el peor negocio que he hecho en esta temporada. Compré la oficina al contado por doscientos dólares y tengo que venderla por cincuenta.

Scob le tironeó de la barba cariñosamente.

—Pero los recibirá en bonos, abuelo. Una gran inversión.

Chivo Loco pestañeaba con desconfianza.

—Lo mismo me dijo el prestamista que acampaba en esta oficina.

—Apuesto a que se retiró del negocio con los bolsillos a rebosar —dijo Scob.

—No. —Chivo Loco escupió—. Lo lincharon, amigos. Dios les guarde de tal cosa.

—¿Estáis oyendo eso? —Gargarizó Roffy—. ¡Será mejor que saquemos polvo con las botas!

Ted lo detuvo cuando iba a empezar a correr.

—Calma, Roffy. Sería la primera vez que nos ahorcaran. —Se volvió hacia la oficina y entró diciendo por encima del hombro—. Scob, échame una mano.

Scob torció el gesto.

—Eh, muchacho; yo sólo soy teórico. Nada de peleas.

Pero entró en pos de Fred.

Roffy y Chivo Loco esperaron unos segundos en suspenso.

De repente sonó un chasquido y el viejo de la barbilla en punta se apartó vivamente de la ventana porque un cuerpo humano salía convertido en un obús.

Roffy comenzó a inquietarse al escuchar el creciente estruendo de la pelea.

Ted sacó a un sujeto corpulento empujándolo con el uno-dos de derecha e izquierda y lo acabó con un fulminante puñetazo que lo lanzó contra el charco.

Roffy abrió los ojos y se dio la vuelta.

—¡Demonios!

En eso dos sujetos que iban a lanzarse contra Ted, fueron golpeados por el extremo del cartel.

Las dos cabezas se unieron y los tipos siguieron el camino del grandullón del charco.

Ted pretendió entrar, pero en aquel momento. Scob salía defendiéndose con uñas y dientes. Ted tuvo que ayudarlo en la misma puerta del negocio. Se las ingenió para sacudirse de encima a tres mineros y lo consiguió.

Scob dio cuenta de otros dos.

Sin embargo, dentro había demasiados clientes para dos hombres solos.

Roffy acababa de darse vuelta para contemplar los efectos de la terrible derecha de Ted y otra vez el extremo del cartel percutió un cráneo con violencia.

Entonces. Roffy se dio cuenta de que tenía un arma secreta entre las manos. También lo notó el rubio Scob.

Scob inició una danza burlesca a la misma puerta y dos individuos se lanzaron contra él como un par de reses enfurecidas.

El viejo Roffy giró en redondo y los tiró abajo con el cartel.

Poco rato después, Ted salió del local con el último inquilino

sobre los hombros.

—Todo en orden. —Al mismo tiempo lanzó con ímpetu al individuo que quedó sumado a los cuerpos enfangados en el charco —. Ahora procederemos a la inauguración.

El viejo Roffy correteó con el cartel. Lo apoyó en la columna y sirviéndose del dorso como si fueran una escalera, trepó a la marquesina.

Cobró desde arriba el letrero y sacó un martillo y clavos del bolsillo.

Acto seguido se puso a dar golpes en el cartel que decía:

«Hammer, Adams, Darrat y Compañía. Banqueros»

CAPÍTULO V

Un par de horas después, el viejo Roffy atravesó corriendo la oficina y gritó:

—¡Un cliente, Ted!

Ted no se hallaba por ningún lado.

Roffy correteó de un lado a otro y de repente notó que sus piernas se movían en el vacío.

Aulló cayendo en una especie de pozo y pegó un aullido al golpearse los cuartos traseros en el fondo.

—¿Dónde estoy? —gritó moviendo la cabeza alocadamente.

Entonces vio a Ted al lado de una especie de ataúd.

—¡Santo Dios! ¿Qué es esto…? ¿Un cementerio?

Ted se le aproximó.

—La vieja caja de caudales del prestamista.

Roffy se incorporó, exclamando:

—¡Entonces somos ricos!

—Está vacía, Roffy. Pero nos servirá de maravilla para guardar los fondos.

Roffy movió la cabeza hacia todos los lados.

—Conque este sótano es de propina. ¡Demonios! Podías haber avisado. Por poco me rompo un hueso.

Ted miró hacia arriba.

—¿Un cliente, eh?

—Seguro que lo ha traído el zorro de Scob. Está vendiendo bonos como el agua. Incluso ha montado un sorteo de diez bonos para apurar las existencias. Cobra a dólar el boleto.

Ted asintió y entonces el viejo se dio cuenta de que había una escalera en un costado.

—Trata de poner en orden la caja fuerte, Roffy.

—La combinación, ¿eh?

—No, Roffy. La caja se abre y cierra con un simple pestillo. Pero

está oxidado.

Ted acabó de dar las últimas instrucciones en lo alto de la escalera y entonces saltó a las oficinas.

Llegó a tiempo de impedir que el cliente se alejara precipitadamente.

Se trataba de una mujer.

Ella se dio vuelta cuando Ted la tomó por un brazo.

—Hammer, Adams, Darrat y Compañía. Banqueros a su servicio…, ¿señora o señorita?

La joven estaría por los veintidós años, era morena, de suaves curvas y hermoso rostro, de ojos negros y grandes.

—Señorita —dijo entre sus dientes muy blancos—. Y suélteme la mano antes de que le suelte yo la otra.

Ted la dejó libre, carraspeando.

—Se encuentra usted entre personas serias, señorita.

—Felker, Clarianne Felker. ¿Tan serias como su antecesor?

—¿Se está refiriendo al usurero que le cortaron las anginas?

—Exactamente, señor.

—Hammer. Pero llámeme Ted. Lo de Ted no nos cabía en el letrero.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Por lo menos, usted hace chistes. Samuel Furrell no era así.

—El usurero, ¿eh? ¿Qué le hizo?

—Pretendió. Sólo pretendió.

—Entiendo. Siga, Clarianne.

—Furrell nos dio crédito a mí y a mi socio para emprender la perforación del filón.

—De modo que usted se dedica a la plata.

Clarianne estaba pendiente del recuerdo y su expresión era muy seria.

—Mi tío Michael tenía localizado un buen filón mucho antes de que apareciera la chusma que llena esta comarca.

Ted la miró con los párpados entornados y dejó que la muchacha ordenara la narración en su linda cabecita.

Ella se humedeció los labios y prosiguió:

—Yo me encontraba en Dallas cuando tío Michael me escribió la carta diciendo que estaba a las puertas de la muerte. Tío Michael nunca había reunido el dinero suficiente para acometer a fondo la

perforación de su mina de plata. La tenía registrada y se sospechaba que era algo bueno. Pero los filones aparecieron como setas en el valle y nadie le concedió especial atención. Mi tío Michael siempre aseguró que su filón era fantástico.

—Siga, Clarianne.

La muchacha respiró profundamente.

—Mi tío sólo tuvo tiempo de escribirme otra carta y remitirme el título de propiedad. Murió.

—Y entonces usted vino en busca de la mina.

Clarianne dirigió sus negros ojos hacia él.

—Yo tampoco tenía el dinero suficiente para emprender la construcción de galerías. Conque me busqué un socio.

—¿Qué se ha hecho de su socio? ¿También muerto?

Clarianne destelló chispas un instante por sus bellos ojos.

—No, ése es un vivo. Desapareció después de obtener quinientos dólares que me quedaron de los préstamos de Samuel Furrell.

—¿No estarían en combinación, Clarianne?

—Estaban.

—Lo veía venir.

—Furrell y Nick Benton, mi socio, se unieron para dejarme en la estacada. Perseguían quedarse con el título de propiedad de la mina cuando yo no hubiese tenido con qué pagar. Casi estuvieron a punto de conseguirlo.

Ted tosió.

—El condenado prestamista trató de sacar intereses. Usted insinuó eso.

Clarianne enrojeció.

—Aquel desagradable hombre dijo que la mina o yo teníamos que saldar la deuda que había contraído con él.

—Ya. —Ted apretó la mandíbula—. Sam Furrell estará jugando a las tortitas de manteca con Satanás.

Clarianne inclinó la cabeza.

—Por fortuna para mí, unos cuantos individuos atraparon una noche a Furrell y lo llevaron al Olivo de las Anginas.

—Oiga, ahora es usted la que hace chistes.

—Ese olivo se llama así, señor Hammer. Allí cuelgan a los delincuentes, a los sujetos sin escrúpulos.

—¿Qué hubo de su socio? —carraspeó Ted.

—Puso los pies en polvorosa. Para mí que también traicionó a Samuel Furrell y se marchó con el dinero en medio de toda la confusión que originó el linchamiento.

—En la caja fuerte de Furrell sólo he encontrado telarañas.

—Debió vaciarla mi antiguo socio. El único rasgo que tuvo fue dejarme cincuenta dólares. Con ellos he ido tirando.

—Y sus ojitos me dicen que no le queda un centavo, ¿acierto? La muchacha asintió.

Ted encanutó los labios, pensativo.

—Por todo esto deduzco que usted quiere un préstamo de Hammer, Adams, Darrat y Compañía. Banqueros.

Clarianne levantó los ojos, que ahora parecían más grandes.

—¿Cree que no podrán prestarme dinero con la garantía de la mina?

Ted tosió.

—Estudiaremos su caso en la próxima reunión del Directorio. La muchacha pestañeó ligeramente emocionada.

—Ustedes me parecieron una entidad más seria que la del viejo Samuel Furrell, a pesar de…

—¿De qué Clarianne?

—Del aspecto de esta oficina.

Ted se arregló la corbata de lazo.

—El aspecto no es lo más importante en este mundo. Bien, deje su caso en mis manos.

Clarianne estrechó la mano del joven y fue hacia la puerta.

Ted se apoyó en la ventanilla de «Pagos».

—Un momento. Clarianne.

—Diga, señor Hammer.

Ted se aclaró las cuerdas vocales.

—¿Qué aspecto tenía su socio?

Clarianne hizo una mueca.

—Era un sujeto rubio, de cabello platinado. Usted, lo podría identificar entre un millón de rubios por una sola cosa.

—¿Algún tatuaje? —Alzó Ted las cejas.

—Nada de eso. Es un tipo único para embaucar a la gente por medio de la palabrería.

Ted se quedó con la boca entreabierta porque acababa de escuchar un campanillazo de alarma en su cerebro.

Clarianne saludó desde la puerta.

—Permaneceré en el hotel El Minero y el Farol en espera de su aviso.

CAPÍTULO VI

A las primeras lloras del atardecer se produjo el fenómeno previsto por los tres socios.

El Banco se llenó de público.

Mineros, comerciantes, tahúres y un enjambre de tipos de todas las especies convergían en el local e hicieron sus primeros depósitos en plata o dinero contante y sonante. Algunos poseedores de bonos cambiaron las láminas adquiridas desde diez a cincuenta dólares y recibieron el cien por cien, los cien dólares por bono. La operación era ruinosa para los tres socios. Pero la propaganda que hicieron los beneficiados atrajo a gran cantidad de clientes. El viejo Roffy, debidamente aleccionado, puso las trabas necesarias para que los depositarios de bonos no fueran demasiados. No pasaron de la docena. El golpe estaba dado.

Sin embargo, la cantidad de dinero en efectivo era proporcionalmente pequeña, comparada con los depósitos en plata. El sótano había comenzado a ocuparse después de rebosar la caja fuerte. Incluso había sacos con pedazos de material argentífero. Piedra recién sacada de las entradas de las minas. Se aceptaba todo.

Roy Rosenffield era un renacuajo que apenas llegaba al metro cincuenta. Llevaba los libros y ayudaba a Roffy en el tejemaneje de las ventanillas.

Roy había sido empleado del difunto prestamista y fue hallado en el *Poney* Saloon borracho como una cuba por el rubio Scob, quien lo empleó de inmediato.

Ahora el renacuajo irrumpió en el despacho haciendo eses y se dirigió a Ted Hammer, que fumaba un habano con los pies sobre la mesa.

—¡Jefe! ¡Esto es lo nunca visto! ¡Llega gente de todas partes! ¡Incluso agricultores del otro lado del río!

Ted bajó los pies de la mesa.

—Magnífico, muchacho. ¿Estás más despejado?

Roy alzó los brazos y trató de seguir la línea recta de los tablones del suelo.

—Estoy mucho mejor, jefe. ¡Míreme!

Se salió de la recta y finalmente tropezó con la salivera y cayó de bruces contra el archivo de cartas.

Ted ocultó una sonrisa olisqueando el habano.

—Estás en forma, muchacho. Y por lo que he visto te ganas los diez dólares diarios que cobras. ¿Cuánto calculas que tenemos en la caja?

Roy puso los ojos en blanco y cacareó:

—Tiene mil trescientos dólares con sesenta centavos. Es lo que había cuando cruce la puerta.

—Magnifico. Roy.

Roy torció el gesto.

—Lo malo es que sólo traen plata. Cada vez más plata. He tratado de decirles que esto no es un depósito, pero se empeñan en colocarnos el material como dinero. Para arreglarnos, los agricultores del otro lado del rió han intentado ingresar también en especies. Mire, jefe…

Roy sacó las manos de los bolsillos y unos objetos oblongos rebotaron en el suelo.

Eran pimientos.

—Fue un tipo duro de mollera que quiso colocarme esto en la ventanilla. Aseguró que sus pimientos tenían renombre.

En aquel momento la puerta se abrió dando paso a dos sujetos de feo aspecto. Tenían los «Colt» muy bajos.

Roy se quedó con la boca abierta.

Ted los apuntó con el cigarro.

—¿No saben llamar, muchachos?

—Oh, perdón, señor Hammer. Creíamos que estaba solo, ¿eh, Tobías?

—Seguro, Piper —dijo Tobías, un sujeto chaparro de cara ancha.
Ted carraspeó.

—Bien, muchachos, ¿qué se les ofrece?

Tobías adelantó su rechoncho cuerpo y sonrió jactanciosamente.

—Hemos venido a hacerle notar el peligro que corre, señor Hammer. Usted necesita un par de buenos vigilantes.

—Vaya, no habíamos caído en eso.

Tobías tosió.

—Tampoco cayó el difunto señor Furrell hasta que lo desplumaron de unos miles de dólares unos desharrapados. Permítame hacerle una demostración. La manzana, Piper.

Piper se golpeó el estómago.

—Infiernos. Se me ha perdido.

Tobías arrugó el gesto, pero recuperó la sonrisa otra vez.

—Tenemos el numerito, de William Tell, que nos ha proporcionado mucho trabajo. Pero estamos de baja y hemos tenido que comernos la manzana. ¡Caramba, pimientos por los suelos!

Ted se pasó el cigarro al otro costado de la boca.

—No se los coman, muchachos.

Tobías sonrió con todos los dientes.

—No, señor Hammer. Es para el experimento.

Se agachó, tomando un pimiento y se lo colocó en lo alto de la cabeza. Luego se dirigió al extremo opuesto del despacho y se quedó muy erguido.

—Vamos, Piper.

Piper desenfundó. Tomó puntería largamente. Luego disparó. El pimiento voló de la cabeza de Tobías.

Ted batió palmas despaciosamente.

—Bien, muchachos.

Tobías enarcó el tórax.

—Y sólo le va a costar la protección cinco dólares diarios por barba. ¿Qué se cuenta? Ni Jesse James sería capaz de hacer esto.

—Desde luego —asintió Ted—. Pero tienen que andarse con más rapidez. Si alguien viene a asaltarnos lo hará con la velocidad del relámpago.

—¡Nosotros nos encargaremos de él, señor Hammer! —terció Piper—. No habrá quien pueda aventajarnos.

—Podría haberlo, muchachos.

—¿Quién? —dijeron los dos tipos a coro.

Ted Hammer sacudió la cabeza pacientemente.

—Un tipo que hiciera lo siguiente con los pimientos.

Recogió los tres que había, sobre la alfombra y puso dos en los hombros de Roy y el tercero en la cabeza.

Roy lanzó un gemido.

—¡Eh, jefe! No me huele bien.

Ted Hammer asomó la cabeza hacia las oficinas y anunció:

—¡No ocurre nada, señores!

De repente se revolvió con presteza y su diestra escupió fuego tres veces.

Los pimientos que había sobre Roy volaron, estallando en el aire.

Tobías y Piper se quedaron hechos de, piedra, las bocas muy abiertas.

Roy no vio nada porque acababa de sufrir un vahído, desplomándose hacia atrás.

Ted palmeó las espaldas de los vigilantes y los acompañó a la puerta. Estaban rígidos de asombro.

—Quedan admitidos, muchachos. Pero no se olviden de hacerlo como lo han visto.

Y los dos sujetos salieron brincando alegremente.

A las seis de la tarde cerraron las puertas.

Roffy, Roy y los vigilantes quedaron en el interior del Banco para terminar el trabajo acumulado por el aluvión incontenible de clientela.

Ted Hammer salió con un puñado de bonos en el bolsillo y otro de dólares en efectivo.

Se dirigió al edificio de madera de dos pisos que recibía el nombre de hotel El Minero y el Farol y preguntó en el registro por la señorita Clarianne.

La muchacha ocupaba la habitación número 18 y Ted golpeó la puerta al tiempo que se tironeaba de la levita.

La joven abrió, y su bello rostro resplandeció.

—¡Oh, señor Hammer! No le esperaba tan pronto.

Ted tosió, entrando en la habitación.

—En cuanto el Directorio quedó reunido, se aprobó inmediatamente el préstamo.

—¡Es estupendo, señor Hammer!

—¿Le bastarán con quinientos dólares para reanudar los trabajos en la mina?

Clarianne sufrió un ligero desvanecimiento y se apoyó en el hombro de Ted, lo cual agradó mucho al joven.

—Creo que me voy a desmayar.

—Hágalo cómodamente, muchacha.

Ella se retiró del hombro de Ted enrojeciendo.

—Cuánto me gustaría que el pobre tío Michael estuviera presente —pestañeó emocionada y continuó—: Nunca pudo obtener más de cien dólares para emplear en materiales. ¡Pobre tío!

—Estoy seguro de que nos está contemplando desde arriba. Dígame, muchacha, ¿qué le pasa a esa mina?

—Se necesita un cable nuevo para el elevador y un juego completo de puntales. Además, lo necesario para evitar la inundación. Hay un par de galerías que están atestadas de ranas e inmundicias.

Ted acababa de hacer una señal a la joven para que continuara hablando. Ella frunció el entrecejo y continuó dando detalles del estado de la mina, sin comprender qué se proponía Ted, hasta que abrió la puerta de pronto.

Un individuo alto, bien trajeado, de aspecto simpático, sonrió con cierto embarazo y dijo desde el hueco:

—Perdonen. Iba a llamar cuando me di cuenta de que estaba la puerta entornada.

—¡Lewis! —exclamó la muchacha—. Llegas a tiempo de que te presente al señor Hammer. Ted Hammer.

El individuo de rostro simpático alargó una mano fuerte hacia Ted, quien la estrechó.

Clarianne decía entretanto:

—Es… el doctor Lewis Dexter. El único hombre en el que mi tío y yo hemos confiado.

El doctor Dexter ladeó la cabeza observando a Ted Hammer.

—Muchacho, usted me parece un hombre de los que Long *Poney* necesita. Dinámico, emprendedor y competente. No he oído hablar de otra cosa más que de ustedes en lo que lleva de día. Especialmente de usted y su socio el señor Darrat.

Clarianne se aclaró la garganta.

—Hammer —dijo—. El doctor Dexter fue el único amigo que tenía mi tío Michael.

—Michael —repitió el doctor sacudiendo la cabeza—. ¡Pobre viejo! Hubiera dado un brazo por salvarle la vida. ¿Pero de qué me sirvió toda la ciencia? Más aún, ¿de qué servimos los médicos? La gente tiene razón cuando nos ponen verdes. Dicen que no curamos

nada y es cierto. ¡Sí, Hammer! No curamos nada. La naturaleza lo hace todo. Sólo servimos para reventar forúnculos a dólar y ayudar a las señoras a… ¡Oh, perdón Clarianne…!

La muchacha sonrió.

—¿Cómo está Elva?

El rostro de Lewis Dexter cambió en una fracción de segundo, pasando a la gravedad más absoluta.

—Elva… ¡Pobre! —Sacudió la cabeza—. A veces pienso que hay algo que no marcha bien en este mundo. Una mujer joven condenada para siempre a estar atada a una silla de ruedas. Debí largarme de Long *Poney* el día que sufrió el accidente. ¿Se da cuenta, Hammer? Soy médico. ¿Y de qué me sirve? Mi pequeña Elva inválida: fractura del espinazo. Cayó de un caballo.

—Lo siento —murmuró Hammer.

Dexter rió de pronto.

—Bien, Hammer; no hablemos de cosas tristes. ¿Qué tal ha ido el balance del primer día de operaciones?

—En estos momentos el personal está poniendo en orden los libros. Creo que los resultados serán alentadores.

Clarianne dijo:

—El señor Hammer acaba de obtenerme un préstamo del Banco.

—¡Caramba, eso es bueno! —exclamó Lewis. Torció el gesto repentinamente—. Ya era hora de que los sueños del pobre Michael se conviertan en una realidad. Verá, Hammer; a pesar de ser médico tengo ciertos principios.

—Muy loable —asintió Ted—. Bien. Clarianne; cuando desee, puede pasar a firmar los documentos. ¿Necesita algo a cuenta para que empiecen los trabajos?

Clarianne recibió el dinero y bonos de manos de Ted y firmó un recibo provisional.

Ted se despidió de la muchacha y del doctor y abandonó la habitación.

Cuando llegó al Banco, vio al rubio Scob que se despedía de una despampanante morena montada en un tílburi.

—Nena, espérame en la cabaña de pesca con los aparejos preparados. —La besó después de saltar al suelo—. Ya verá lo bien que se nos da el salmón a primeras horas del amanecer.

La morena hizo un hociquin y le aplastó la nariz con un dedo.

—En ese río sólo hay anguilas, feo.

Los dos se despidieron con besos al aire.

El rubio quedó extasiado en el soportal del Banco. Suspiró. Ted lo observaba con la cabeza ladeada.

—Ya es hora de que te viéramos, muchacho.

Scob sonrió radiante.

—He tenido que celebrar nuestro triunfo, Ted. Recuerda que mi parte consistía en vender esos flamantes bonos. Acabo de mandar a un tipo con el recado de que nos preparen más en la imprenta más cercana a este lugar. Aún tardarán unos días.

—Pasa, Scob.

El rubio se tironeó la levita y observó el interior.

Roffy, Roy y los vigilantes canturreaban a coro.

Se hallaban tendidos en el suelo. Varias botellas vacías justificaban la fiesta.

Scob llegó al despacho en compañía de Ted, quien cerró la puerta con un par de vueltas de llave.

El rubio observó la operación y sonrió.

—Apuesto a que vamos a poner las cuentas en orden, ¿eh? Ted asintió.

—Sí, Scob.

De repente soltó la diestra. Estalló en el mentón del rubio.

Scob se llevó por delante el sillón de las visitas. Dio un par de vueltas y quedó sentado en el suelo.

—¿Estás loco, Ted? ¡Os he entregado todo el dinero que cobré de los bonos!

—Claro, muchacho. Sabías que te iba en ellos las orejas.

Scob se puso en pie rabiosamente.

—¿Por qué infiernos me sacudes? ¿Por qué, Ted?

—Ahora lo aclararemos, Nick Benton.

El rubio pestañeó. Abrió la boca.

—¿Nick Benton? Escucha, muchacho; apuesto a que has empinado el codo. Sí, señor. Tú eres de esos que, en vez de evaporar el alcohol con canturreos y algazaras, se ponen raros y ven lombrices en el techo.

—No, muchacho. Te aseguro que estoy sereno.

—¡No! —gimió el rubio, y se desplomó en el asiento.

—Tampoco me he vuelto loco, muchacho. —Ted se fue

acercando—. Y tú lo sabes muy bien.

Scob se ajustó el sombrero y fue hacia la puerta.

—Ya te calmarás, Ted. Ahora voy a ponerme un filete en el ojo. Tengo que estar presentable cuando vaya con Dodó a pescar la anguila. ¿Por qué no vienes a la cabaña con nosotros, Ted? Podemos llevarte otra chica. El aire del río te sentaría bien. Estás emocionado.

Ted saltó sobre él antes de que recuperase la llave del escritorio.

Los dos hombres rodaron por el suelo.

Scob se enfureció y trató de pelear suciamente. Intentó hundir un codo en el ojo de Ted. No pudo. Quiso clavarle la rodilla en la entrepierna y también falló. A cambio se vio de pronto levantado en vilo.

Viajó un poco por el aire.

Luego aplastó con estruendo un armario para cartas medio carcomido.

El polvo de la carcoma hizo toser al rubio con violencia, ahora cubierto de cartas amarillentas, las cartas de los deudores del avaro Samuel, bañadas en lágrimas de petición de prórrogas.

El rubio acabó escupiendo un salivazo rojizo.

—¡Qué me emplumen, Ted! Estás loco. Y apuesto a que es esa muchacha de El Minero y el Farol.

—Tú eres el socio de ella. Nick Benton.

De repente el rubio alzó las cejas y estalló en una carcajada.

Empezó a retorcerse. Apuntó con un dedo a Ted, ahora ceñudo, y arreció la risa.

—¡Nick… Benton!

—Aún me queda mucho en el almacén —dijo Ted acercándose peligrosamente.

El rubio danzó escurriendo el cuerpo y saltó al otro lado del escritorio sin dejar de reír.

—¡Te has colado, Ted!

—¿Sí, eh?

Scob se tronchó sobre el escritorio y sus piernas danzaron convulsivamente en el aire a causa de la hilaridad.

—Seguro que la chica empezó a contarte sus penas. ¡Fue eso!

—Calla o te la ganas en serio.

—¡Y apuesto a que también te habló de un rubio!

—¡De un tipo parlanchín como un loro!

Scob se apuntó con un dedo en el pecho. Trató de hablar, pero no pudo.

—Y has tomado al bueno de Scob Darrat por el bastardo de Nick Benton. Sólo que somos rubios y nos dedicamos a ciertos trapicheos. ¿Es eso, eh?

Ted no dijo nada.

El rubio cayó sentado en el sillón y trató de calmarse.

—Ya sé qué te ha pasado, Ted. Tú te has colado por la melindrona de la mina.

—Te voy a machacar el cráneo.

—¡Te colaste! ¡Te colaste!

—¡Cierra el pico!

—No puedo, Ted. Me sale como si fuera por un grifo. Tú has sufrido el flechazo, amigo. Tienes cara de becerro. Lo veo. Esos ojos. ¡Infiernos! Y apuesto a que de repente te asustaste por el tinglado que hemos montado. De que hemos levantado todo esto con cuatro papeluchos que hemos vendido a esos papanatas. Bien, Ted. Lo siento por ti, pero debes buscar bien a tu hombre. A Nick Benton. No soy yo. Y cuando lo pesques, quiero presenciar cómo pones su pellejo a los pies de tu amada.

Ted fue a alcanzarlo.

Pero el rubio reía tanto otra vez que se desplomó en el suelo.

De repente, Ted se volvió hacia la ventana enrejada y abrió con brusquedad, tal como lo había hecho antes en la puerta de la habitación de Clarianne.

Esta vez sorprendió a Clarianne al otro lado de la reja.

Los ojos de la muchacha se clavaron en él con expresión acusadora.

Ted notó algo raro en la garganta.

—Clarianne —dijo—, te lo explicaré todo.

—Usted no tiene nada que explicarme, señor Hammer. Hace rato que lo sospechaba.

—Clarianne.

—Usted es un desaprensivo, lo mismo que sus socios. Por desgracia he oído bien. Sólo venía a formalizar los documentos del préstamo. Pero le devuelvo su dinero… y sus bonos de pega.

La chica arrojó dinero y bonos a través de la reja al interior del

despacho y se marchó corriendo.

Ted se volvió con las mandíbulas apretadas.

Scob rompió a reír estruendosamente.

—¡Infiernos, esa escena la vi una vez en un teatro ambulante en Pico City…!

Ted atrapó un sillón y lo arrojó por el aire.

Scob ya se había apoderado de la llave de la puerta y, cuando quiso correr, el sillón le salió al paso y tuvo que recular.

Ted se le acercó y le percutió al mentón, incrustándole en el archivo de morosos.

Luego, Ted salió del despacho, cerrando con violencia.

Se preguntaba quién sería Nick Benton y dónde diablos estaría.

CAPÍTULO VII

Nick Benton entornó los ojos al sol convirtiéndolos en un par de rendijas.

Estaba pendiente de los tres jinetes que se aproximaban.

Los jinetes remontaban la loma. Se acercaban despacio.

Las mandíbulas de Nick Benton se apretaron. Extrajo el «Colt» y le dio vuelta al cilindro con el pulgar.

En eso los jinetes lo vieron a la puerta de la cabaña y prorrumpieron en gritos de júbilo.

Nick Benton mostró la doble hilera de dientes blancos que brillaban al sol. Alzó una mano sacudiéndola acompasadamente.

Los jinetes llegaron envueltos en una nube de polvo.

El más ligero era un sujeto de piernas cortas y barba poblada que saltó de la silla como un simio y se acercó pegando brincos y lanzando yupis.

—¡Por fin estamos acá, Nick! ¡Ven a nuestros brazos!

Nick Benton distendió los labios. No se movió de junto a la puerta de la cabaña.

El individuo que acababa de dirigirle la palabra accionó con los brazos hacia sus compañeros.

—¡Vamos, lentos! ¡Cuando yo diga tres quiero que atrapemos al gran Nick y lo entremos en la cabaña como vimos en Tijuana que hacían con el toreador!

Los dos acompañantes del piernas, cortas, descabalgaron.

—Hola, Carl —dijo Nick al de las piernas cortas.

Carl se volvió riendo.

—¿Qué os dije? ¡Así es Nick Benton! Un tipo que no le gusta demostrar la alegría que siente. ¡Sabe controlarse, muchachos! Y saber controlarse es muy bueno para tipos de gatillo como nosotros.

Nick asintió.

—Sí, Carl.

Carl alzó las cejas y suspiró.

—No sabes las ganas que tenían de conocerte. Por todo el camino me han estado preguntando: «¿Cómo es Nick Benton?». Y yo les contestaba…

—¿Qué, Carl? —Nick se apoyó en la rodilla.

—Contestaba que eres el bastardo más simpático que se puede ver en todo el país. Habías poco entre los amigos. Pero eres grande cuando actúas. ¿Recuerdas aquella vez que te disfrazaste de profeta allá en Lorena y soltaste un sermón acerca del fin del mundo?

—Sí, Carl.

Cari se puso las manos en los riñones y empezó a soltar grandes risotadas.

—Los tipos de Lorena estaban con la boca abierta. Lloraban. Incluso el mismo *sheriff* cayó de rodillas, imprecando al cielo perdón por sus pecadillos. ¡Ah qué día, muchachos! ¡Debisteis ver al gran Nick Benton en la mejor de sus actuaciones de estos últimos tiempos! Bueno, el sermón continuó hasta que los dos ayudantes del *sheriff* también se convirtieron. Entonces entramos, en el Banco y pegamos el golpe.

Los dos acompañantes de Carl contemplaron admirativamente a Nick Benton.

El más alto y cadavérico de los dos escupió polvo rojizo.

—¿Cómo vamos a hacerlo esta vez, Nick? Cari se ha hecho lenguas contigo. Y de veras que después de verte lo creemos. Tienes planta. Clase. Mucha clase.

Nick Benton alzó una ceja. Sus dientes todavía brillaban al sol en una especie de sonrisa fría.

—No lo haremos —dijo.

Carl y los otros dos quedaron mudos.

Por fin, el cadavérico recuperó el habla.

—Soy algo de sesera, Nick. ¿Has querido decir que hemos cabalgado doscientas millas para nada?

—Sí, muchachos.

Carl notó que las palabras no le salían.

—¡Demonios, Nick! ¿Es que hay dificultades?

—Las hay, Carl.

Carl arrugó la boca. Miró a sus compinches.

Algo malo habrá en el asado cuando el gran Nick no quiere

arriesgarse. ¡Infiernos, qué perra suerte la nuestra! Vaya, Nick ponnos la corriente. Mal de muchos, consuelo de tontos. Pero algo nos has de contar.

—Poco. El golpe se realizará.

—¿Eh? ¿Entonces, qué anda mal?

—Vosotros, muchachos. Estáis de sobra.

Carl y los otros dos se miraron completamente atónitos.

—¿Por qué estamos de sobra, muchacho? —dijo Carl—. Tú hablaste de nuestra colaboración. ¡Necesitabas manos y aquí las tienes! ¿Es que no hay bastante para todos? ¿Cómo lo vas a hacer tú solo, muchacho?

—Tengo ya mis ayudantes.

—Infiernos, qué malos pensamientos se me cruzan. ¿Es que quieres decir que nos dejas fuera así por la brava?

—Ajá.

El cadavérico lanzó un salivazo y enseñó un colmillo con caries.

—¡El gran Nick Benton! —dijo sarcástico—. Vas a ver en lo que queda. A mí no me hace esto nadie. ¡Qué porquería!

Nick todavía tenía los dientes en ristre.

—De eso se trata ahora, muchachos. Vamos a ver quién dará el golpe en el nuevo Banco de Long *Poney*. Os estuve esperando una semana para resolver los trabajos que teníamos en esta parte del Estado. Pero vosotros no asomasteis las narices por ningún lado. Por fin os indiqué por telégrafo que el nuevo Banco de Long *Poney* era una bicoca, y también habéis tardado toda una jornada en aparecer.

—Tuvimos ciertos tropiezos con el *sheriff* de Gangville —protestó Carl.

Nick sacudió la cabeza, siempre sonriendo fríamente.

—Demasiado tarde, muchachos. Demasiado tarde.

El cadavérico se envaró instintivamente.

—Malo. Carl. Habla en clave. Y no me gustan los juegos de palabras. Parece que nos está dando una despedida hacia la eternidad. ¿Visteis si hay alguien emboscado por los alrededores?

Nick le enfocó con los dientes.

—Sólo estoy yo, momia. Sólo para vosotros.

Carl lanzó un gemido.

—¿Por qué tenemos que pelearnos? ¿Por qué tenemos que matarnos cuando hay para todos? En Maxester encontramos a un

tipo que nos habló del nuevo Banco en Long *Poney*. Dice que es algo serio y muy original. ¡Y hay plata, muchachos! Y donde hay plata sobra el plomo, chicos. He dicho.

Se produjo un silencio largo y pesado.

Los cuatro hombres quedaron fijos en el espacio y el tiempo.

Sabían que había una señal tácita para resolver la situación y que las palabras de Cari no habían sido tomadas en cuenta.

El mismo Carl bajó la mano poco a poco hacia el «Colt» derecho.

Pero era sólo un truco para desenfundar el izquierdo y disparar por debajo del sobaco dando media vuelta al aire.

—¡Ya! —gritó el cadavérico.

Los revólveres aullaron y segaron ramas de árbol, hierba y vidas humanas.

Carl hizo el truco del sobaco. Pero al volverse, una bala loca le pilló el cogote y se lo mondó como a un conejo.

El segundo tipo en morir fue el regordete.

El cadavérico y Nick Benton se dispararon echados en el suelo. Cuando las armas dejaron de bramar, los dos hombres también quedaron muy quietos.

Se extendió un silencio de muerte por todo el monte.

Entonces la puerta de la cabaña se abrió.

Dio paso a tres sujetos que se detuvieron contemplando la escena.

El que había salido primero era un hombre de unos cuarenta años, corpulento, moreno.

Los otros dos eran completamente distintos. Uno era grueso y el otro delgado y alto. Éste tenía una expresión dulce en sus ojos castaños y su voz sonó quedamente.

—¿Qué ha ocurrido aquí, Artie?

El hombre del mentón prominente entornó los ojos.

—Parece que Nick no fue tan ligero como dijo.

—Lástima. Parecía bueno con el «Colt».

—Eran tres —dijo Artie.

El grueso abrió por primera vez la boca y se rascó al mismo tiempo la doble papada con el dorso de la mano.

—Lo haremos nosotros muchachos. Aunque hubiera preferido que el rubio nos hubiese orientado. Él estuvo algún tiempo en Long *Poney*.

Los tres hombres retornaron lentamente a la cabaña.

En eso oyeron reír a un muerto.

Artie se volvió tirando ya del «Colt».

Pero era Nick Benton quién reía y se ponía en pie con el arma en la mano.

—Bien, señores.

El rostro de Artie permaneció serio.

—Le advierto que no nos gustan las payasadas, Benton. —Enfundó el «Colt» distraídamente—. Nos tomamos el trabajo en serio.

Nick sacudió la cabeza.

—Por lo formales que son, llegué al acuerdo con ustedes, Artie Mac Olle.

Artie entornó los ojos sin decir nada. Parecía molesto.

Nick Benton enfundó el «Colt» y los miró divertido.

—Quería asegurarme si tanta cara larga no era un truco como los que uso yo. Por eso me hice el muerto. Para ver si ustedes soltaban la lengua y decían lo que llevan en el buche.

—Nos ha salido una ardilla, ¿eh? —dijo Artie Mac Olle—. Benton, tengo que advertirle que esas truhanerías me enojan mucho.

—Vamos, Mac Olle. —Nick abrió los brazos y los acompañó a la cabaña—. Llegó la hora de las confidencias.

El joven de los ojos y la expresión cándida fue el primero en romper el silencio, al notar un gesto de asentimiento por parte de Artie Mac Olle.

—Corriente, Benton. Tratemos de comportarnos como caballeros y dejemos aparte las confidencias.

Nick abrió los ojos y rompió a reír.

Los otros tres hombres también lo acompañaron discretamente en la explosión de buen humor.

Luego, entraron en la cabaña y comenzaron a discutir los planes para el asalto de Hammer. Adams, Darrat y Compañía.

CAPÍTULO VIII

—Yo te enseñaré cómo se hace, nena —dijo Scob Darrat, y después de relamerse los labios con la lengua, se acercó por detrás a la hermosa Dodó que sostenía con sus lindas manos una caña de pescar.

Scob le pasó el brazo izquierdo por ir, cintura y puso la mano en el estómago. Luego, con la derecha tomó la muñeca.

Los dos quedaron muy cerca.

La rubia volvió su cara y su nariz chocó con la de Darrat.

—Scob, ¿qué debo hacer ahora?

—Vamos a la segunda parte del ejercicio —respondió Scob, sintiendo que se lo achicaban los calcetines.

—¿En qué consiste?

—Ahora hemos de dar la vuelta.

—¿Qué vuelta? No pretenderás que pesque de espaldas al rió.

—No, nena. La vuelta se la has de dar a la caña. Hay que hacer la girar, eso es lo que quería decir. —Scob estaba hecho un lío porque la proximidad de Dodó le resultaba altamente sensible.

Le levantó la muñeca y la hizo girar. El hilo y el anzuelo evolucionaron por encima de sus cabezas.

—Tercera fase del ejercicio —anunció Scob—, el lanzado.

—Cuidado, que nos podemos caer en el río.

—Sólo caerá el anzuelo, nena… ¡Ahora!

Scob imprimió a la muñeca de ella el movimiento que debía escupir el hilo hacia el agua, pero éste quedó tirante a sus espaldas.

—Oh, Scob —rió la joven—. Te falló.

—Contigo es natural —sonrió él mirándola a los grandes ojos—. El anzuelo ha debido de engancharse en una rama.

La joven volvió la cabeza y lanzó un gritito.

—Scob, pescamos una pieza…

—Estando contigo estoy dispuesto a admitir que los peces van

ahora por la tierra.

—Pero. Scob, no es un pescado… Es un hombre, y parece que no le ha gustado la broma.

Scob dejó libre a Dodó y dio media vuelta.

Tal como le había dicho la rubia, el anzuelo estaba prendido en la camisa a cuadros con que se cubría un tipo grueso de ojos porcinos y nariz achatada.

—¿Qué creen que soy? ¿Una carpa o un pez espada?

Se oyó una carcajada.

La lanzaba un tipo rubio de expresión dulce, ojos de soñador, que se apoyaba en el tronco de un árbol.

—Eres un tiburón, Turk —dijo.

Scob llegó a la conclusión de que aquellos dos tipos habían nacido el uno para el otro. A pesar de ser muy distintos de cara, tenían algo en común; las vestimentas sucias de polvo y las pistoleras muy bajas.

—Dispense, amigo —se disculpó.

—¿Tiene una academia de pesca? —preguntó Turk.

—Sí, pero sólo admito alumnos de uno en uno —contestó Scob, sonriendo—. Si quieren tomar lecciones, vayan a la ciudad y espérenme en el *Poney* Saloon. Sólo les costará cincuenta centavos por día.

El tipo porcino llamado Turk miró a su compañero.

—Yo creo que sí. Turk. Nos interesa mucho, pero creo que el señor profesor nos debe dar clase en la montaña y no en el río.

—¿En la montaña? —repuso Scob—. No aprenderían nada. Pero cuando terminemos la pesca, nos podemos ir al monte y les enseñaré cómo se caza un conejo.

Turk se desprendió el anzuelo de la camisa, pero no lo soltó. Sus ojos y los de su compañero Matew se detuvieron en la supuesta alumna del rubio.

El muchacho de la expresión dulce, Matew, encanutó los labios lanzando un silbido.

—Oye, Turk, ¿por qué no montamos también una academia como la de nuestro amigo? A chicas como ella estaría dispuesto a perdonarles los honorarios.

—Bueno, nos los llevaremos a los dos.

Dodó gritó:

—¿De qué están hablando? No iré con ustedes.

Scob maldijo para sus adentros la hora en que se le ocurrió llevar a Dodó al río. También era mala suerte que su socio Ted no hubiese aceptado la idea de acompañarles con otra muchacha. Ted era un tipo estupendo con el revólver y en un suspiro, habría acabado con aquellos dos tipejos cuyas intenciones no parecían ser muy cristianas. Sólo tenía una solución: distraerlos y sacar el revólver antes que ellos.

—¿Qué les parece esta idea, amigos? Ustedes se sientan y yo repetiré el ejercicio ensayado con mi alumna Dodó. Tomarán nota de todos los movimientos y luego, para que no crean que les tomé ven taja, ocuparán mi lugar con la chica.

Turk y Matew miraron otra vez a Dodó. Les agradaba la idea de estar cerca de una rubia que tan estupendamente había sido dotada por la naturaleza.

—¿Qué te parece, Matew? —preguntó el gordito Turk.

—No es mala idea. Un poco de diversión siempre viene bien antes de ir a la faena.

Al oír aquello. Scob se dijo que no andaba descaminado con respecto a lo que iba a pasar allí, pero no había contado con que Dodó le iba a estropear la combinación. La joven dio un salto poniendo los brazos en jarras. Sus ojos despedían chispas de fuego.

—Pero ¿quién se han creído que soy?

—Una muchacha estupenda —contestó Turk.

—Una sirena —repuso el muchacho soñador.

—Ya lo has oído, nena. —Scob se acercó a la joven tratando de comunicarle con la mirada el peligro que se encontraban si no se prestaba a realizar el número.

Pero Dodó sólo entendía una clase de miradas. Las que los hombres posaban en su lindo cuerpecito.

—Scob, me has defraudado… ¿Es que te vas a rebajar ante esos dos tipos? ¿Por qué andas con contemplaciones con ellos? ¿No lo ves? Son gentuza.

Turk y Matew rompieron a reír a grandes carcajadas componiendo un alegre cuadro.

Scob cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Nena, ¿no conoces eso de enseñar al que no sabe…? Es una obra de misericordia.

—Yo sólo enseño lo que quiero y cuando me da la gana. Y el que quiere ver algo más, que pague, que una se gasta más dinero en vestidos y polvos que en comer.

Eso era lo malo que tenía Dodó, pensó Scob. Daba la impresión de ser una muchacha muy educada, pero en cuanto se le quitaba un poco la costra, sacaba a relucir sus maneras. No, la chica no había estudiado en Harvard.

El rubio se apartó del árbol. Su expresión cándida se había tomado un poco peligrosa porque el labio inferior le colgaba babeante.

—Me gustan las furiosas —dijo—. Anda, pequeña, sigue con ese coraje. El bueno de Matew te dará un premio de los gordos.

Scob no tenía madera de héroe, pero en determinadas ocasiones se había jugado la piel. Su instinto le dijo que se encontraba actualmente en una de ellas.

Viró del revólver, pero no llegó a sacar. Quedó asombrado al ver que los dos fulanos le habían tomado, más o menos, un siglo de ventaja.

El gordito Turk y el candoroso Matew tenían el revólver en la mano.

—¿Qué iba a hacer, profesor? —preguntó Turk con ironía.

—Sólo pretendía darles una lección de saque, muchachos. Ustedes lo han hecho rematadamente mal. El revólver no se toma así… Lo hicieron rápido, pero sin armonía. Enfunden las armas y yo les enseñaré lo que les resta de aprender.

Matew se acercó a Scob.

—Un tipo listo, ¿eh?

Subió con rapidez meteórica el brazo armado y golpeó con el cañón a Scob, arrojándolo en el suelo.

El amigo de Ted se hizo daño en los cuartos traseros y quedó aturdido.

Dodó, al ver la escena, dio media vuelta y fue a correr hacia el lugar donde Scob había dejado el tílburi.

Pero Turk movió aprisa sus cortas piernas y le cortó la huida.

—¿Adónde vas, nena?

—Por la merienda. Sólo traje para dos, pero nos arreglaremos los cuatro…

—Eh, Matew, ¿la oyes? También la chica es ingeniosa.

—Bueno…, no perdamos más tiempo.

Scob, que ya había regado sus sesos con sangre nueva, despejándose, miró a los dos tipos con perplejidad. Había temido desde un principio que lo iban a liquidar para luego ocuparse de Dodó. Ni por un momento imaginó que se tratase de un secuestro.

—Vamos, muchachos, al tílburi —ordenó Turk—. Nosotros también dejamos los caballos allí. Os voy a advertir una cosa. Iremos donde nosotros queremos ir. Nada de diabluras. ¿Lo oyes Scob Darrat?

De modo que también sabían su nombre. Aquello cada vez se tornaba más misterioso, pero no sentía ninguna curiosidad por lo que pudiese haber tras del tinglado. Hubiese preferido estar en el *Poney* Saloon, al lado de su amigo Ted, que sabía salir de todos los apuros.

Turk se acercó a él y lo despojó del revólver.

—Andando, chicos.

—Alto, ya hemos llegado —anunció Turk.

Scob y Dodó miraron la solitaria cabaña que se alzaba en la ladera de la montaña. Era un lugar inhóspito, frío. Por todas partes no había más que piedras. No crecía un solo árbol.

—Quédate con la muchacha, Matew —dijo Turk—. Yo me llevo a Scob.

Turk bajó del caballo e hizo una señal con la cabeza a Scob para que le precediese en el camino de la cabaña.

—Adentro, chico.

En el interior de la cabaña había dos hombres. Scob se quedó asombrado al ver a uno de ellos. Era su propia imagen.

—Usted… ¡Usted es Nick Benton!

Nick Benton esbozó una sonrisa.

—Hola, sosias.

—¡Dios mío! Si no lo viera no lo podría creer. Ustedes deben ser hermanos gemelos.

Nick Benton hizo un gesto negativo.

—No. Artie. Scob Darrat y yo no somos gemelos, pero existe cierto parentesco… Un hermano de su padre se casó con la prima de una sobrina de mi abuelo y esa sobrina tuvo dos hijos, uno de ellos era mi padre.

—Sencillísimo —asintió Scob—. ¿Lo ha comprendido? Está la mar de claro.

Artie Mac Olle estaba repitiendo para sí lo que había dicho Benton, pero al final sacudió la cabeza.

—Renuncio, Nick. No podría entenderlo, aunque estuviera catorce años pensando en ello.

Scob se frotó las manos y dio una palmada en la espalda de Benton.

—Tenía ganas de conocerte, Scob.

—Y yo a ti, Nick.

—¿Sabes que me han cargado muchas cosas de las que tú has hecho?

—También me han cargado a mí las truhanerías que te has llevado entre manos.

Scob entornó los ojos.

—Infiernos, ahora que estamos juntos podemos hacer grandes cosas.

—Es mi idea —asintió Nick—. Hasta en eso coincidimos, ¿ver dad, Artie?

—Se la pegaremos al más pintado, Nick —rió Scob—. ¿Te imaginas los líos que podemos armar con las mujeres?

—Prefiero un lío mejor.

—¿Cuál?

—Con un Banco.

Una señal de peligro cruzó por la mente de Scob.

—¿Un Banco? No te entiendo. Nick.

—Te lo explicaré, para que lo comprendas de pe a pa, querido sosias. Ya está todo planeado. Tú eres el socio de Hammer y Adams en ese Banco que habéis fundado en Long *Poney*.

—Bueno, en realidad yo no soy más que un testaferro de Hammer. No quería mezclarme en el negocio porque era ruinoso.

—Ruinoso, ¿eh?

—Imagínate, Nick, hasta ahora nos han traído muy poco efectivo, unos cuantos centenares de dólares y algún mineral de plata, pero son de los filones menos ricos. Una porquería.

Nick Benton hizo una señal a Turk y éste le propinó un culatazo a Scob en el cuello.

Scob se venció hacia delante sobre la mesa, quedando sin

respiración.

—¿Qué decías del Banco, Scob? —preguntó Benton.

—Es un negocio estupendo —contestó Darrat—. Las arcas están llenas.

—Ésa es la clase de informe que nosotros habíamos recogido por ahí y celebro que ahora estés de acuerdo. Scob.

Él socio de Ted alzó la cara.

—Muy bien. Iremos a medias.

—No, socios. Para ti no habrá un solo centavo.

—¿Qué dices, Nick?

—Lo que oyes, muchacho. Y para que conozcas todos los detalles, yo te los daré. Voy a ocupar tu lugar. Me pondré, naturalmente, tu traje y luego me iré con ésa Dodó a la ciudad. Entraré en el Banco y prepararé las cosas para llevarme hasta el último centavo, incluido el mineral de plata.

—Es una locura. Necesitarías muchos sacos.

—Para eso estarán allí Turk y Matew con un carro. Mac Olle también se encontrará muy cerca, por si las cosas se ponen feas a última hora y hay que tirar del revólver. Pero queremos que sea un asalto como no ha habido otro en el Oeste. Procuraremos marchar nos como personas civilizadas, sin hacer un solo disparo. ¿No soy al fin y al cabo Scob Darrat un socio de esa Banca?

Scob tragó saliva. Naturalmente, para realizar aquello. Nick lo iba a matar.

—Nick, por nuestras venas corre la misma sangre. Ya oíste a Artie. Creyó que éramos hermanos. Y todavía no estoy muy convencido de que no lo seas. Mi padre era un hombre muy mujeriego, le gustaban las girl más que comer con los dedos. ¿No serás por casualidad hijo de Mary la Gorda?

—Di otra cosa como ésa, que soy hijo de una cualquiera y haré lo que no pensaba hacer; meterte una bala por la boca.

Scob frunció el ceño al oír aquello. Infiernos, Nick Benton lo iba a dejar vivo.

Como si Nick hubiese comprendido su pensamiento, se echó a reír.

—Sí, Scob. Te voy a dejar con vida. Estarás aquí unas cuantas horas, quizá un día completo, pero te ataremos bien antes de marcharnos para que no puedas escapar. Una vez hayamos dado el

golpe, te dejaremos libre. ¿Sabes por qué te necesito vivo? Para que Ted Hammer te persiga como a una alimaña. Tu querido socio no pensará en lo de sosias y estará dispuesto a jurar a pies juntillas que eres el tipo más bastardo que hay sobre la tierra. Y tú no podrás detenerte ni salir a su encuentro para convencerlo porque no te creerá. Tendrás que huir. Será tu única salida, o Ted te matará como a un perro rabioso por haberlo burlado. Hermoso, ¿verdad?

—Digno de un bastardo —se envalentonó Scob al comprender que realmente Nick Benton no lo podía matar porque para ellos era una especie de seguro de vida.

Nick Benton le disparó su puño a la cara, pero Scob lo burló saltando a un lado y le replicó con un zurdazo al estómago.

Fue a sacar el revólver, pero entonces le atizaron otro culatazo por detrás.

Scob lo vio todo nebuloso y se sumergió en un vacío donde sólo había oscuridad y frío.

Nick Benton, en su papel de Scob Darrat, salió de la cabaña encaminándose al tílburi donde estaba Dodó. Detrás de él apareció Turk.

Nick subió al pescante riendo.

—Bueno. Dodó. Ya me tienes aquí.

—¿Qué pasó?

—Nada, nena. Sólo ocurrió que un antiguo amigo quiso que le prestase algún dinero. Ya sabes que contigo no tengo secretos. En realidad, se trata de un fugitivo de la justicia. Pretende llegar a México y le hacían falta un centenar de dólares.

Dodó miró a Turk y Matew.

—Podían haberlo dicho estos muchachos y no darnos aquel susto a la orilla del río.

Benton tomó las bridas del caballo y el vehículo se puso en movimiento.

—Hasta la vista, chicos —se despidió.

—Suerte con la pesca, profesor —dijo Matew, representando también su papel.

Mientras el coche se deslizaba, camino de regreso a Long *Poney*, Nick Benton sonreía pensando en que su brillante idea de suplantar la personalidad de Scob Darrat le iba a rendir el mejor negocio de

su vida.

CAPÍTULO IX

—Roy, trae esos libros —ordenó Ted Hammer.

Roy tomó los dos libros de la mesa y los llevó a la de Hammer haciendo eses por el camino.

—¿Cuántos frascos de *whisky* os habéis despachado? —inquirió Ted—. ¿No tuvisteis bastante con una fiesta para celebrar el éxito de nuestro Banco?

—No fue cosa mía, señor Hammer, sino de Roffy. Primero brindó por el Banco, luego por cada uno de ustedes y después, empezó a hacerlo por la fiesta de la Independencia, un tío suyo que se llama Jonás y que vive en San Francisco, por…

—Basta, Roy. Conozco los brindis de Roffy. ¿Dónde está ahora?

—Cuando iba a brindar por la peca de una chica rubia que conoció en San Jacinto, se fue atrás y desapareció.

¿Qué es eso de que desapareció?

—Metió el pie por el hueco del sótano y se fue por allí.

—¡Infiernos, se debe haber roto la cabeza! ¿Por qué no me leñas dicho antes, Roy? —Ted se levantó de un salto.

—No se preocupe, señor Hammer. Cayó en blando, justo en el ataúd lleno de billetes, y allí se quedó durmiendo.

Ted dio un bufido.

—Roy, te voy a hacer la primera prohibición.

—Sí señor.

—No vuelvas a participar en las fiestas de Roffy. Tienes un cargo importante en este Banco, el de llevar los asientos del Debe y el Haber. Has de mantenerte sereno mientras trabajas.

—Sí, señor.

Hammer carraspeó.

—Pero si te equivocas alguna vez, procura que sea en favor nuestro.

—Desde luego, señor Hammer.

—¿No ha regresado todavía Scob?

—No, señor. Lo vi cuando se marchaba con Dodó al río. Es natural que tarde.

—¿Por qué es natural?

—El señor Scob iba de pesca y el corsé de Dodó tiene muchas ballenas.

—¡Roy!

El empleado se apresuró a largarse.

Hammer estuvo consultando los libros un rato. Al ver un ocho se acordó de Clarianne. El cero de arriba era el busto y el de abajo las caderas.

La muchacha había sacado unas cuantas deducciones falsas. En primer lugar, ella creía que él y sus socios habían fundado un Banco de pega. Podía admitir que ésa había sido la idea primitiva de Scob, pero al intervenir él, el plan había sido puesto en práctica con una base legal. Ganarían mucho dinero sin necesidad de recurrir al viejo truco de largarse con los depósitos.

Por otra parte. Clarianne estaba convencida de que Scob era el individuo que la había timado, su exsocio. Ignoraba que Scob no era por bendito y había tenido tiempo suficiente para haber, llegado a aquella ciudad y otras muchas, antes de que le echase mano en Pratterville y después que el rubio gastó la broma de las coles para conserva.

Pasco por la habitación pensando en lo que debería hacer con Clarianne y decidió que sólo había una solución. Se llegaría al hotel El Minero y el Farol y devolvería a la joven el dinero que Scob había timado bajo la personalidad de Nick Benton. Luego ratificaría a Clarianne el acuerdo del Directorio del Banco de hacerle el préstamo para que pudiera poner en marcha su mina de plata.

Cuando llegó a estas conclusiones, miró por la ventana y vio correr por la calle el tílburi en que viajaban Dodó y Scob.

El carruaje se detuvo ante el Banco y Scob besó a Dodó en la boca.

—Te veré luego, nena.

—Sí, Scob —contestó la rubia—. Esta noche voy a tener pesadillas con ese par de tipos que nos encontramos y no me gustaría estar sola.

Scob bajó riendo y Dodó continuó su camino en el carruaje.

Ted regresó rápidamente a su mesa y se sentó ante ella.

Se abrió la puerta del Banco y oyó la voz de Scob.

—¿Cómo ha ido la cosa, esclavos?

Roy respondió con voz estropajosa:

—Ingresamos mil dólares más, señor Darrat y tuvimos que cerrar porque se nos comía la gente. A usted no necesito preguntarle cómo le fue con la caña. Se le nota que hubo de trabajar mucho. Nick soltó una risotada.

—Apúntate un tanto, Roy. ¿Están por ahí mis dos socios? —Aquí me tienes a mí— contestó Hammer, con voz rabiosa. Habían establecido una pared de separación entre la oficina de Ted Hammer y la dependencia de los demás empleados, pero existía un hueco sin puerta por donde se pasaba de un sitio a otro.

Nick Benton carraspeó suavemente y se acercó a la estancia donde estaba Ted Hammer. Ésta era la prueba definitiva de la farsa que había montado. Sabía la clase de amistad que Ted tenía en Scob Darrat.

—Hola, chico —dijo Nick y se sentó en el borde de la mesa mirándose las uñas de la mano derecha—. Roy me acaba de dar buenas noticias.

—Oye las malas.

—¡Oh, no, Ted!

—Siempre tiene que haber una compensación.

—Muy bien, adelante, Ted.

—Si te crees que Roffy y yo vamos a estar aquí hincando el lomo mientras tú te diviertes con unas y otras, estás más errado que mi caballo.

—¿Qué te ocurre, viejo cascarrabias? ¿Celos? Oh, no puedes estar celoso porque ahora recuerdo que hay una chica que te hace tilín, la hermosa Clarianne.

—Celebro que la nombres.

Nick Benton había hecho cantar a Scob después de haberlo desnudado en la cabaña. Scob se resistió un poco y Nick tuvo que emplear el procedimiento de arrimarle un hierro al rojo vivo a las plantas de los pies. De esa forma, Scob no había tenido reparos en contar los pormenores de su amistad con Ted y Roffy.

—Aún me duelen los huesos. Ted. ¿No tuviste bastante?

—Quiero una confesión si es que hemos de seguir este negocio

juntos. Si no, ahora mismo disolvemos la sociedad.

—¿Qué clase de confesión?

—Lo sabes perfectamente. Te asociaste con esa muchacha y luego te largaste con su dinero.

—¿Es que vas a creer eso, Ted?

—Entre ella y tú, ¿a quién debo creer?

Nick Benton hundió la barbilla en el pecho.

—Está bien, Ted. Admito que fue una mala faena.

—Conque es verdad, ¿eh? —Ted se puso en pie cerrando los puños—. Te voy a deshacer la cara, Scob.

Nick Benton saltó de la mesa y retrocedió temeroso, como lo habría hecho Scob ante el gesto fiero que había en la cara de Hammer:

—¡Ted, detente! Estaba en la mala… ¡Pensaba devolverle el dinero, palabra que sí!

—Tú no devuelves nada. Todo lo metes en el bolsillo, Scob, El único que ha conseguido que escupieses algo soy yo, y ahora te voy a hacer escupir algo distinto al dinero… ¡Los dientes!

—Frena un poco, muchacho. Te juro que es cierto… Llegué aquí sin un centavo. Los dos tenemos el mismo defecto, por eso congeniamos, Ted.

Ted se acercó con los puños cerrados.

—No me vas a convencer. Scob. Levanta los puños y defiéndete como un hombre.

—Sólo estuve aquí tres días.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Pensaba saldar la cuenta con esa chica sin que tú te enterases, porque sé cuánto te disgustan estas cosas.

—¿Cuánto le timaste?

—Quinientos dólares, y protesto contra esa calumnia. No fue un timo. Yo te explicaré, muchacho.

—Date prisa porque no sé cómo me contengo.

—¿Te acuerdas de Bill Falding?

—¿Cómo no me voy a acordar? Sabes que me la tiene jurada.

—Sí, pero sabrás que también a mí me eligió como víctima. —No me digas que te lo encontraste aquí.

—Has dado en el clavo. Justamente en ese momento yo llevaba en el bolsillo los quinientos dólares de Clarianne. Salía del *Poney*

Saloon cuando me lo vi casi de cara. Avanzaba por la calle sobre su montura… y tú no estabas cerca para echarme una mano. Me escurrí por la pared. No sé cómo no me descubrió. Monté en mi caballo y arreé todo lo aprisa que pude, como si me persiguiera el mismo diablo.

—Y, naturalmente, para quitarte el susto, te gastaste los quinientos dólares con la primera rubia, morena o pelirroja que te encontraste en el camino.

—¿Por qué me recriminas por eso? Ésa es otra cosa común que hay entre nosotros. Roffy me contó que te gastaste los doscientos cincuenta dólares que cobraste por vuestra última captura, y, ¿qué le dejaste al pobre viejo?

Ted Hammer se masajeó el mentón.

—Sí, muchacho. Tienes razón. Pero ¡maldita sea!, yo no hago las cosas que haces tú. Admito que gasto mi dinero y la parte de Roffy, pero nunca he consentido que el viejo pase hambre ni frío. Sería capaz de ofrecerle hasta mi último pedazo de pan.

—Melodramas, no, Ted —sonrió Nick—. ¿Por qué hemos de preocuparnos ahora? Nadamos en la abundancia.

—Sí, éste es el primer negocio honrado de nuestra vida.

—¿Honrado?

—Naturalmente.

—En, chico, ¿en qué estás pensando?

Ted lo apuntó con el dedo.

—Aparta tus ideas malsanas del cerebro, Scob. A partir de ahora seremos hombres que respeten toda clase de leyes, grandes y pequeñas. ¿Es que no te ha dicho nada la confianza que todas esas personas han depositado en nosotros?

—Claro que sí. Me ha dicho que los primos nunca se terminan.

—No vamos a hacer nada ilegal. Scob. ¿Es que no te has dado cuenta? Hemos sido guiados aquí por el destino para fomentar la riqueza en esta comarca.

—Explícate eso.

—Haré préstamos a cuantas personas trabajadoras estén dispuestas a labrarse un porvenir.

—Tienes una idea equivocada de lo que es un Banco, muchacho. Un Banco sólo presta a las personas que tienen mucha plata.

—Nosotros cambiaremos las normas, tal como debe ser. ¿Para

qué necesita dinero una persona que ya lo tiene?

Nick reía para sus adentros. Después de todo, Ted Hammer no era tan duro como Scob lo había pintado. Por el contrario, parecía mantequilla. Ahí estaba Hammer dispuesto a echar una mano a los desgraciados, a los infelices que se quebraban la columna vertebral picando la tierra construyendo una granja o sembrando los campos del valle.

—Volveremos a hablar sobre eso, Ted.

—Cuando tú quieras, muchacho.

—Ahora me voy al hotel.

—Clarianne, ¿eh?

—Sí, Clarianne. Le devolveré en tu nombre los quinientos dólares que le timaste.

—Muy reconocido.

—También le haré entrega del importe del préstamo que le concedimos y nos arrojó por la ventana.

—Dale un beso también.

—Déjate de sarcasmos. Y recuerda lo que te he dicho respecto a trabajar. Debes hacerte a la idea desde ahora. Eres un codirector y, como tal, tienes tu responsabilidad.

—Corriente, Ted. Trabajaré de tal forma, que muy pronto, cada vez que pase mi nombre por tu cabeza, te sentirás orgulloso.

Ted lo miró fijamente a los ojos.

Nick sintió en sus oídos un pito de alarma.

—¿A qué te refieres?

—Tu ojo izquierdo tiene una pequeña mancha.

Nick tragó saliva. Aquel tipo era muy observador. Ya había descubierto la mancha del ojo. Le había salido cinco años antes, cuando al subir al apartamento donde lo esperaba desde hacía tres días una girl llamada Chelo, de origen mexicano, la encontró en compañía de un tipo con barba. Se llevó un buen susto, pero el barbudo y Chelo no vivían para contarlo.

—Se me metió un poco de arena en el ojo.

—No es arena. Es una mancha.

Sonrió forzadamente.

—Bueno, ¿y qué quieres que le haga yo? Quizá tenga la culpa Dodó. —Se pasó el dedo por el cuello—. Esa chica es un volcán.

—Tendrá que verte el doctor. Esas cosas no hay que

abandonarlas. Y el mejor consejo que te podían dar es que dejases en paz una temporada a las mujeres.

—Sí. Ted: creo que es una buena idea. No hay nada que me preocupé tanto como la salud.

—Pero no te marches mientras no regrese del hotel.

—¿Cuánto vas a tardar?

—¿Te lo he preguntado cuando te fuiste con Dodó? Puede que una hora.

—No te enfades, muchacho. Sólo te lo he dicho porque en cuanto vuelvas, me iré a visitar a un doctor. Tú mismo lo has dicho. No debo abandonarme.

—Está bien —dijo Ted—. Hasta luego.

Nick Benton vio cómo Ted hacía un saludo a Roy y salía a la calle.

Dejó escapar el aire que retenía en los pulmones. Durante los últimos minutos había pasado un mal rato, por culpa de aquella condenada mancha en el ojo. Maldijo una vez más a Chelo y al barbudo. Por fortuna, el propio Ted le había dado la salida hablándole del doctor. Bueno, no podía quejarse. Había salvado la dura prueba. Para algo debían servirle los años que había pasado en compañía de actores, después que se fugó de la prisión de Wichita.

Ahora ya estaba en el Banco y disponía más o menos de una hora para llevar a cabo su proyecto. Artíe Mac Olle debía encontrarse en la próxima esquina y Turk y Matew estarían en el pescante del carro, preparados para llegarse allí en cuanto él hiciese una señal por la ventana.

Miró a Roy que estaba embebido en sus números. También tenía suerte de que el viejo Roffy se hallase ausente. Naturalmente, se habría ido a dormir la cogorza al hotel, ya que, según le había contado Scob, el abuelo se había puesto a beber y a beber para celebrar el éxito del negocio.

Sacó un cigarrillo. En cuanto hubiese terminado de fumarlo, se pondría a la faena.

CAPÍTULO X

Ted Hammer llamó a la puerta que tenía delante.

—¿Quién es? —Oyó la voz de Clarianne.

—El banquero.

—¿Qué es lo que quiere?

—Hablar con usted.

—¿Para qué?

—Quiero presentarle nuestras disculpas.

Se abrió una puerta un poco más adelante y un tipo asomó la cabeza.

—Eh, oiga, ¿quiere dejarnos dormir?

Ted hizo girar el picaporte y abrió, colándose en la habitación de Clarianne.

La joven estaba en enaguas y lanzó un chillido atrapando el vestido que había sobre la cama y poniéndoselo sobre el pecho.

—¿Cómo se ha atrevido, señor Hammer?

—Lo siento, pero me echaron del corredor.

—También lo voy a echar yo de aquí. ¡Lárguese!

—¿Por qué tiene tan mal genio, Clarianne? Un doctor me dijo que eso no es bueno para la circulación de la sangre.

—¡No quiero saber nada de usted ni de su socio Scob Darrat!

—Ha confesado.

—¿Eh?

—Scob me ha dicho la clase de faena que le hizo a usted. Le puedo garantizar que yo no sabía nada.

—¿Espera que lo crea?

—Se lo puedo jurar.

—No lo jure. De todas formas, no va arreglar nada.

—Es rencorosa, ¿eh?

—Por fortuna, oí a través de la ventana lo que su socio decía.

Ted lanzó un suspiro.

—Ya entiendo; usted oyó a Scob y llegó a la conclusión de que habíamos venido aquí para estafar a la población de Long *Poney*…

—Tengo buen oído, señor Hammer. Sé que es de mala educación escuchar tras ventanas y puertas, pero no fue mi idea hacer de espía. Les oía casualmente y no tuve más remedio que quedarme allí para enterarme de sus manejos.

—Es curioso.

—¿Qué es curioso?

—Usted dice que nos tomó por unos estafadores y, sin embargo, no ha avisado al *sheriff*.

La joven se mordió el labio inferior.

—Me disponía a hacerlo ahora.

—No. Clarianne —sonrió Ted—, usted oyó hablar a Scob, pero se dijo a si misma que yo no podía ser un hombre que engañase tan condenadamente a la gente que confió en mí.

—Déjese de hablar acerca de lo que yo pienso, señor Hammer, y dígame de una vez qué quiere.

—En primer lugar, aquí tiene los quinientos dólares que Scob se apropió. Debo decirle a ese respecto que Scob se largó de la ciudad porque descubrió a un pistolero que juró acabar algún día con Scob, Roffy y conmigo.

—¿Qué cuento es ése?

—No es ningún cuento. Bill Galding prometió sobre el cadáver de su hermano que nos liquidaría a los tres.

—¿Por qué?

—Scob. Roffy y yo acabamos con Spencer Falding y cuatro de su pandilla. Eran salteadores de trenes. Quizá no lo sepa, pero Roffy y yo nos hemos ganado la vida durante algunos años cazando forajidos. De vez en cuando. Scob se nos unía en la faena. Nos valíamos de él para que lograse informes de los requeridos. Realmente, Scob no vale mucho con el revólver.

—Ya entiendo. Su fuerte es la palabrería.

—Sí.

—Usted tampoco es mudo. Se pone a hablar y convence a cualquiera.

—Scob es más hábil que yo en ese sentido.

—Permítame que lo dude, señor Hammer.

—Ted, ¿recuerda…? —le sonrió—. Eso me hace pensar en el

pasado, cuando usted y yo sosteníamos buenas relaciones. Entonces propuse al Directorio de nuestro Banco se le concediese el préstamo, minora que todo ha quedado claro, quiero que lo vuelva a aceptar.

La joven, que continuaba con el vestido sobre el pecho, se mojó los labios con la lengua.

—No sé si debo…

—En la vida hemos de olvidar los malos ratos, especialmente Mando se nos ofrece una amistad sincera.

Ted había dejado el dinero en la mesa y se fue acercando a la joven conforme hablaba.

—¿De verdad me ofrece su sincera amistad? —murmuró él.

—Sí, Clarianne.

—¿El qué?

Le tomó una mano y ella, que parecía embelesada, se la concedió, Un trozo de vestido le resbaló por el hombro, pero apenas enseñó nada, sólo un poco de piel, aunque Ted Hammer se dijo que era de primerísima calidad.

—Usted tuvo razón antes, Ted. Consideré absurdo que pudiese engañar a la gente.

—Sus palabras me llegan al corazón.

—Pero ha tardado mucho en visitarme. Pensé que, después arrojarle el dinero por la ventana, se apresuraría a venir detrás de mí.

—Si hubiese imaginado por un momento su pensamiento, no se habría entretenido un solo instante en la oficina… Debo decir algo muy aprisa, Clarianne. Usted me gusta. Desde que la vi.

—No se precipite. Ted.

—Soy impulsivo y no me gusta dejar para mañana lo que pueda hacer hoy.

—Usted también a mí me resulta simpático.

—Ahí lo tiene. Hemos nacido el uno para el otro.

—Ted, debo pararle los pies.

—Si cree que el honor de su nombre está en juego, porque me encuentro aquí solo con usted, me marcharé enseguida.

—No sea tonto, si quiero que se quede…

—Entonces, no la comprendo. ¿O a su juicio voy demasiado despacio?

—Qué cínico y qué divertido es usted. Pero de lo que quiero

hablarle es del doctor Lewis Dexter.

Ted arrugó el entrecejo.

—¿Qué le pasa al doctor?

—Me quiere. Está enamorado de mí. Muy enamorado.

—Pero yo creía que el doctor estaba casado. Habló de una tal Elva.

—No es su mujer, sólo una huérfana que acogió impulsado por sus sentimientos caritativos.

Ted sacudió la cabeza.

—Un buen hombre, pero, dígame lo que importa. ¿Le corresponde usted?

—En absoluto.

Ted dio un suspiro.

—Es una noticia refrescante.

—Pero no me gustaría nada hacer daño al doctor.

—Entonces, dígale de una vez que no lo quiere.

—Podría arruinar su vida.

—Clarianne, usted ha leído folletines.

—Muchísimos —la joven sonrió entusiasmada—. ¿A usted también le gustan? Puedo dejarle el último que ha llegado a Long *Poney*, La hija del comanchero, en sesenta y cuatro cuadernillos.

Ted cerró los ojos y los volvió a abrir.

—No, Clarianne, a mí no me gustan los folletines. No los leo ni deseo convertirme en protagonista de uno de ellos. Lo que trato de sugerirle es que hace mucho más daño al doctor Dexter engañándole.

La joven dio un tirón de la mano que él sostenía y se subió otra vez el vestido, cubriendo la sugestiva piel que había estado mostrando hasta entonces.

—¿Qué, es eso de que yo engaño al doctor Dexter?

—Creo que no me he expresado bien. He debido decir que con su silencio, alienta al doctor.

—Sólo le tengo un gran respeto porque, como ya le dije, fue el único amigo de mi tío. Y cada vez estoy más convencida de que es el único amigo que tengo en Long *Poney*.

Ted se cruzó de brazos.

—Pero, vamos a ver, Clarianne, ¿qué espera de todo eso?

—Que el doctor se case con Elva.

—¿Pero no acaba de decir que el doctor acogió a esa niña huérfana?

—Elva no es una niña. El doctor Dexter la acogió cuando tenía diecinueve años y ya tiene veintidós.

—Y, ¿por qué, cree usted que se pueden casar?

—Cuando he ido a casa del doctor he observado a Elva y he leído en sus ojos que ama al doctor. Un día empleando mucho tacto le dije al doctor lo que realmente Elva siente por él, pero el doctor es un hombre muy modesto y, al propio tiempo, no conoce a las mujeres. Rechazó de pleno tal idea.

—Sigo pensando que hace mal, Clarianne.

—Por mi puede pensar usted lo que quiera.

—Tengo la impresión de que tampoco usted entiende a los hombres.

—Esto as una grosería. Entiendo de hombres más que usted —los ojos femeninos chispearon—. ¿Cómo se ha atrevido a entrar en mi habitación estando yo sin el vestido puesto? Si no se marcha ahora mismo me pondré a gritar.

—No hace falta que grite. Ya me voy.

—En cuanto al dinero, pasaré mañana por el Banco para dejarle un recibo y firmar los documentos del préstamo.

—Sí, señorita Felker; pero en caso de que no me encuentre, puede hacer la operación con cualquiera de mis socios.

—Será una suerte para mí no encontrarlo.

—Y para mí, una suerte no recibirla.

Ted se dirigió rápidamente hacia la puerta y la abrió, pero antes de salir, giró la cabeza.

—A propósito, se le enganchó la enagua en la cama y se le ve la pantorrilla. Sugiero que se la cubra, no vaya a ser que se le presente su único amigo, el doctor.

La joven se había quedado con la boca abierta, pero antes de que pudiese decir nada. Ted salió, cerrando de un fuerte trompazo.

Una vez fuera, se detuvo inspirando profundamente.

Entonces apareció el tipo de antes.

—Eh, oiga, destripaterrones; ¿es que no voy a poder dormir?

—Claro que sí —dijo Ted y le soltó un castañazo en la mandíbula. El tipo entró como un obús en su habitación, armando en el interior un estropicio de mil diablos.

Se oyó la voz sobresaltada de una mujer al despertar.

—Pero. Bill, ¿otra vez borracho?

Ted descendió las escaleras y, cuando llegaba abajo tropezó con una dama cuyo bolso derribó en el suelo. Lo tomó rápidamente.

—Discúlpeme —se quedó quieto al ver que la muchacha era una girl, cosa fácil de reconocer, una pelirroja de mucho empaque con una caída de párpados capaz de provocar un huracán.

—Corre mucho, buen mozo. ¿Lo persigue la suegra?

—Todavía no, nena.

—Milo.

Ted la observó en sus puntos clave.

—Apuesto a que te lo pusieron porque tienes las mismas medidas que la Venus.

—Eso es lo que quisiera ella. En algunos sitios tengo dos pulgadas más.

—Qué interesante —dijo Ted, y tomándola del brazo, los dos empezaron a subir las escaleras.

CAPÍTULO XI

Turk y Matew entraron en el Banco de Hammer, Darrat, Adams and Company.

Roy alzó la cabeza de los libros y al ver a los tipos sonrió.

—Lo siento, caballeros, pero el Banco cerró sus operaciones por hoy.

—¡Qué pena! —dijo Turk—. ¿Verdad, Matew?

—Sí. Venimos de muy lejos, amigo.

—Bueno, no tienen que preocuparse. Hacen noche en la ciudad y mañana, a primera hora, ustedes vienen aquí y dejan su dinero.

Turk chascó la lengua.

—Podrían hacer una excepción con nosotros.

—Lo siento, pero no podemos hacer excepciones. Ya saben cómo es la gente. Si se enterasen también querrían trato de favor.

—¿No podríamos hablar con el director?

Roy carraspeó.

—Bueno, si se ponen pesados, será mejor que él decida, aunque les dirá lo mismo que yo. Pasen a la otra estancia. El caballero que encontrarán es uno de los codirectores. Scob Darrat.

Turk hubiese soltado de buena gana una carcajada.

—Gracias —dijo, e hizo una seña a Matew para que lo siguiese.

Los dos se metieron en la estancia donde se encontraba Nick, el cual los recibió haciendo un guiño.

Turk bajó la voz.

—¿Y los vigilantes?

—No los he visto por ninguna parte. Quizá se largaron a gastarse el sueldo en bebida.

—¿Qué hay de Ted Hammer?

—Se fue en busca de unas faldas y tardará bastante en llegar.

—Entonces tenemos el campo libre. ¿Manos a la obra, Nick?

—Andando, muchachos.

En aquel momento se abrió la puerta de la calle y entraron los dos vigilantes, Piper y Tobías.

Miraron a Roy y luego a la habitación donde estaban los tres hombres.

—¿Qué pasa, muchachos? —preguntó Roy.

—Vimos entrar a esos dos hombres. ¿Son amigos de Scob?

—No. Simples clientes que querían ingresar y se los envié al señor Darrat.

Nick Benton apareció en el hueco.

—¿Ocurre algo, muchachos?

—Nada, señor Darrat —contestó Tobías—. Sólo queríamos informarnos de que esos dos tipos que tiene en el despacho se llegaron aquí con buenas intenciones.

—Desde luego. Los muchachos son de confianza. Justamente me están rogando que les dé una hoja de ingreses porque traen un dineral en los bolsillos.

—Corriente, señor Darrat —dijo Tobías, y él y su compañero salieron del Banco.

Nick Benton esperó unos segundos y cuando vio que Roy había vuelto a sus operaciones aritméticas, caminó hacia la puerta que comunicaba con la calle y pasó el cerrojo. Seguidamente, sacó el revólver.

Para ese entonces, sus dos compinches, Turk y Matew, se habían deslizado por el hueco y estaban frente a Roy con la pistola en la mano.

El empleado notó el extraño silencio y alzó la cara. Al ver las armas que le apuntaban se echó a reír.

—Caramba, señor Darrat, si usted no estuviese aquí creería que esto era un asalto.

—Es un asalto —puntualizó Nick Benton.

Roy continuó sonriendo un rato, pero cada vez lo hizo con me nos ganas.

—Es… Es un chiste, ¿verdad, señor Darrat?

—Estos compañeros y yo nos vamos a llevar todo el dinero y el último grano de plata. ¿Lo oye, Roy?

—Pero, señor Darrat, no entiendo una sola palabra, ¿o es que piensa gastar una broma a sus socios?

—Pretendo embromar a más gente, Roy. A mis socios y a los que

depositaron aquí su dinero. Quiero que el pueblo se parta de risa mañana.

—Señor Darrat, ¿se da cuenta de las consecuencias de su acto? Si mañana se presenta un imponente a retirar su dinero, no tendremos con qué pagar. Se correrá la voz y, cuando todo el mundo descubra que las arcas están vacías, el pueblo se amotinará. Y ya puede estar seguro de que vendrán a lincharnos. Nos llevarán al Olivo de las Anginas.

Nick lanzó una risotada.

—No está mal eso, ¿eh chicos? Si a Ted Hammer y a sus chicos los ahorcan, nos saldría todo redondo.

—Bueno, Scob —dijo Turk—. Ya está bien de diversión.

—Eh, tú, mamarracho —habló Nick a Roy—. Abre la trampilla del sótano y compórtate bien si no quieres que te hunda el cráneo.

Roy no necesitaba ninguna amenaza para obedecer. Se había desmayado unas cuantas veces al cortarse con la navaja mientras se afeitaba.

—Sí, señor Darrat. Ahora mismo.

Pasaron al fondo de la sala y allí el empleado se agachó y abrió la trampa.

Casi inmediatamente, Nick le soltó un empellón y Roy correteó por la escalera hacia el fondo tratando de mantener el equilibrio, pero no lo consiguió y, al caer en el suelo, golpeó la cabeza contra un saco de mineral argentífero y perdió el conocimiento.

Nick bajó por la escalera, seguido de Turk, mientras Matew quedaba arriba.

—¡Mi madre! —exclamó Turk—. Aquí hay dos sacos de mineral de plata… Dos sacos llenos.

A un lado estaba un ataúd. Nick vio la caja donde Scob había dicho guardaban el dinero. Estaba con la trampa cerrada, pero quedaba una abertura por la que asomaban los billetes.

—Ocúpate de la caja de muertos, Turk. Yo subiré los sacos de mineral a Matew.

—Soy supersticioso, Nick. No quiero nada con los muertos.

—¿Quién es el jefe aquí?

Turk se rascó una patilla con el cañón del revólver.

—¿Por qué se les ocurriría guardar el dinero en esa caja?

—Muchas como ésta quisiera tener.

—¿No sabes lo que le ocurrió a Jim Orejas? Le quisieron gastar una broma y un día que estaba borracho le metieron en un ataúd. Su hermano Fred llegó a la ciudad y preguntó por Jim. Le dijeron que lo encontraría en la empresa de pompas fúnebres. Lo llevaron allí, y al ver a Jim, se murió de la impresión. Pero éste no fue el final. Cuando Jim despertó, al verse metido en la caja, le dio un ataque al corazón y se quedó tieso.

—No seas estúpido, Turk. En esa caja sólo hay billetes.

Turk enfundó el revólver y se acercó poco a poco al ataúd. Fue a agacharse para levantar la tapa, pero se enderezó otra vez, nervioso. Por fin tragó saliva, flexionó otra vez las rodillas y abrió bruscamente la caja.

Lanzó un grito al ver al viejo que estaba en el ataúd, sobre un lecho de billetes, completamente inmóvil.

Nick Benton dio tan gran salto que golpeó con la cabeza en el techo. Pero él también quedó inmóvil como una estatua observando al personaje que había en la caja.

Turk estaba a punto de morir o desmayarse. Tenía la cara pálida y los ojos desorbitados.

—¿Qué pasa? ¡Infiernos, un fiambre en un mar de billetes!

—¡Un médico! —pidió Turk—. ¡Un médico…!

—No seas estúpido, Turk —rezongó Nick Benton—. ¿Es que no conocéis a ese tipo? Es Roffy Adams, el otro socio.

—Pero está muerto… —balbució Turk.

—Está claro —intervino Matew—. Ted Hammer y Scob liquidaron al viejo para quedarse con su parte.

—Seguro —asintió Nick—. ¿No os dije que eran dos pájaros de cuenta? Por eso quise dar el golpe esta misma noche. Seguro que esos vivos habían decidido pegar el golpe inmediatamente. Por eso liquidaron al viejo. Bueno, muchachos, quitad el cadáver de ahí y saquemos de una vez la pasta.

—¡No! —gritó Turk—. ¡No tocaré el muerto!

—¿Qué te puede hacer un cadáver, estúpido? Así me gustaría que estuvieran todos mis enemigos, tiesos como ese fulano. Échale una mano, Matew. Nunca pude imaginar que Turk fuese un tipo con tan pocas agallas.

Matew enfundó el revólver y se acercó a la caja.

—Vamos, Turk, arrima el hombro. Los cadáveres pesan mucho.

Aún recuerdo a mi tío Jenaro. Su mujer le metió un plomo del 45 en la cabeza mientras dormía. Ella quería enviudar para casarse con un buhonero. Luego dijo que había entrado un desconocido y que lo había despachado, pero no le sirvió y le metieron veinte años… Como os iba diciendo mi tío Jenaro pesaba 74 kilos en fresco, y lo creáis o no, tuvimos que cogerlo entre cuatro para meterlo en la caja.

—Oíd, muchachos —rezongó Nick, que ya había cargado con un saco de mineral—. ¿Os vais a pasar toda la noche contando historias de aparecidos?

De repente, el viejo Roffy se enderezó como un autómata al tiempo que gritaba:

—¡Brindo por el 4 de julio!

Turk lanzó un alarido, los ojos como dos huevos duros y se desplomó con medio palmo de lengua fuera.

Matew cayó de rodillas porque las piernas se negaban a sostenerle.

Nick Benton abrió la mano con la que sostenía el saco de mineral de plata y éste fue a golpear juste en la cabeza de Roy, que había empezado a despertar y ahora volvió a quedar sin sentido.

El viejo Roffy, sentado en la caja, soltó un hipido y levantó nuevamente su brazo.

—¡Brindo por Mary la Ligas!

Nick Benton fue el primero de los tres salteadores que recuperó el habla.

—¡Está borracho, muchachos, sólo eso!

Pero Turk parecía no oír. Seguía con la lengua fuera y los ojos muy abiertos.

Benton llegó a su lado y empezó a darle bofetadas en la cara para reanimarle.

—No es un muerto ni un fantasma, Turk… ¡Despierta! ¡Está borracho! ¡Sólo borracho! ¡Hemos de trabajar, Turk! ¡Avívate!

—¡Brindo por los muertos y los fantasmas! —gritó Roffy.

Matew se levantó de un salto, haciendo crujir los dientes. Tomó a Roffy por las solapas de la chaqueta y lo sacó de un tirón del ataúd.

—¡Maldito viejo! Te voy a estrangular para que seas un fiambre toda tu vida.

Roffy despertó de su borrachera. Miró la cara que tenía delante.

—Pero, que tío más feo es usted… —le soltó una bofetada que sonó como un cohete.

Matew lo atrapó por el cuello con evidente deseo de estrangularlo.

Roffy pareció querer imitar a Turk y sacó todo lo que tenía de lengua.

—¡Suéltalo Matew! —dijo Nick.

—Le voy a partir el pescuezo. Déjame. Nick.

—No seas estúpido. No podemos matarlo. Recuerda que esto lo hizo Scob. Y no me llames Nick a partir de ahora. Quiero que el viejo me vea y entonces Ted Hammer no tendrá ninguna duda de quién es el autor del asalto.

Aquellas palabras penetraron en la mente de Matew y soltó al viejo, el cual cayó en el suelo y se puso a respirar entrecortadamente.

Nick siguió abofeteando a Turk hasta que éste empezó a dar señales de vida.

—¿Os habéis llevado ya al muerto?

—Te digo que no es ningún muerto —insistió Nick—. Sólo pasó que el viejo le dio a la botella y pescó una merluza de campeonato.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Turk—. En mi vida he pasado un susto mayor. Déjame que le pegue cuatro tiros.

—Nos conviene que quede vivo.

Roffy empezó a levantarse mirando a su alrededor. Al fin pudo enfocar las imágenes. Frunció el ceño al ver tanta gente allí, pero lo desarrugó descubriendo al hombre que él creía Darrat.

—Scob, querido amigo…

—Quédate ahí viejo.

Roffy se disponía a abrazarlo, pero se detuvo en el camino, aun cuando se balanceaba de un lado a otro, porque todavía no le habían pasado los efectos del *whisky*.

—¿Qué pasa, Scob?

—Pasa que yo me largo.

—¿Por qué?

—Disuelvo la sociedad.

—Scob no debes hacer eso. ¿Se lo dijiste a Ted?

—No. Es una sorpresa que le reservo.

—Palabra que no te comprendo. Nos va bien aquí… Ted dijo que esto será un negocio honrado, que podremos hacer mucho bien a la gente y que habrá ganancias.

—Al diablo con Ted y con sus monsergas.

—No son monsergas.

—Será mejor que cierres el pico, abuelo.

—Me decepcionas mucho, Scob. Pero, está bien, si ésa es tu forma de pensar, atrapa tu parte y lárgate de una vez.

—Ahí está lo bueno, Roffy. No me voy a llevar mi parte. También me llevo la vuestra.

—¿Eh?

—Ya lo has oído. El más listo se lo queda todo, y el más listo soy yo.

—¡Condenado bastardo! ¡No puedes hacernos esa clase de faena!

—Es justo lo que voy a hacer.

—No pienses ahora en Ted y en mí. ¿Te das cuenta de que el dinero que hay aquí y el mineral de plata es de unos hombres que lo sudaron?

—Ése es el secreto de la vida, gastar un dinero que lo ha sudado otro. ¿No resulta gracioso, Roffy?

—Me das asco, Scob. ¿Lo oyes? ¡Repulsión! Y vas a tener que matarme porque no consentiré que te salgas con la tuya.

El abuelo echó mano al revólver, pero Matew se llegó por detrás y le propinó un culatazo en la cabeza.

Roffy exhaló un gemido y cayó desmadejado en el suelo.

—Bueno, chicos, se acabaron las complicaciones —dijo Nick Benton—. Salgamos de una vez de este agujero con el botín. Artie debe estar impaciente.

Primero salió Turk cargado con un saco que dejó arriba y Juego Matew le alargó el segundo.

Finalmente, Nick y el rubio de la expresión soñadora atraparon la caja, uno por cada extremo, y subieron poco a poco. Llegados arriba, dejaron el ataúd en el suelo dando un suspiro de alivio.

—Cierra la trampa, Turk.

El aludido cerró con suavidad.

De repente les llegó una voz desde el pequeño cuarto que Hammer se había reservado.

—No lo tienen todo, muchachos. A mí, me quedan un par de

centenares de dólares en el bolsillo.

Nick y sus dos secuaces se revolvieron llevando las manos a las armas, pero ninguno de ellos llegó a desenfundar porque Ted Hammer se dejó ver en el hueco con un revólver en la diestra.

CAPÍTULO XII

—¡Quietos, muchachos! —ordenó Ted.

Nick Benton esbozó una sonrisa.

—Eh, chico, ten cuidado, se te puede disparar.

—Si se disparara la primera bala sería para ti.

—¿Qué forma de hablar a un socio es ésa?

—Exsocio.

Nick Benton se sintió aliviado al oír aquello. Quería decir que Ted Hammer continuaba creyendo que él era Scob, que no había escuchado la conversación del sótano. Vio la ventana abierta en la estancia que Ted utilizaba como oficina. De modo que el muchacho duro había entrado por allí.

—¿Qué significa esto, Ted?

—Encontré cerca del saloon a Piper y Tobías. Me dijeron que habías recibido la visita de dos tipos. Tú les dijiste que eran buenos muchachos. Se me ocurrió preguntar a Tobías en qué lugar llevaban la pistolera y me dijeron que muy baja.

—No es lo que tú te crees, Ted.

—¿No?

—Te presento a nuestros dos nuevos vigilantes… Turk Benton y Matew Priedchey. Pensé que Piper y Tobías no servían para este cargo.

—¡Oh, Sí! Tú lo decides todo, y como te preocupas tanto por el negocio, pensaste que se debían entrenar en sacar los sacos y la caja para probar su fuerza.

—Sólo queríamos hacer un recuento y ahí abajo no encontramos ninguna luz.

—Hay una lámpara de petróleo.

—Se estropeó.

Nick Benton se decía que Artie Mac Olle debía aparecer de un momento a otro por la ventana abierta. ¿Qué hacía que no acudía

ya? Había transcurrido un plazo más que prudencial para que Artie se sintiera inquieto, por lo que pudiese estar ocurriendo. Por otra parte, tenía que haber visto a Ted entrar por la ventana si se encontraba en el lugar que él, Nick, le había señalado.

—Tienes salida para todo, ¿eh, Scob?

—Es la pura verdad, muchacho. Chicos, estrechad la mano de vuestro nuevo patrón. Ted Hammer.

Turk y Matew fueron a dirigirse a una hacia Ted, pero éste los detuvo con un ademán.

—Quedaos ahí si no queréis que os abrase.

—Pero ¿qué te pasa. Ted? —dijo Nick, y de repente sintió que el corazón le daba un vuelco al ver en el hueco de la ventana la cabeza de Mac Olle.

—Yo te diré lo que me pasa, Scob —repuso Ted—. Os voy a entregar al *sheriff*.

—¿Por qué motivo? —preguntó Nick sonriendo.

—Bajo acusación de asalto.

Nick vio cómo Mac Olle apoyaba el revólver en el alféizar de la ventana para no fallar el disparo.

Matew y Turk miraron encandilados a Artie.

Ted Hammer no era ningún tonto y giró como una centella.

Su revólver hizo fuego una fracción de segundo antes que el de Mac Olie, cuando ya éste tenía una bala en la cabeza.

El proyectil de Artie golpeó en el centro del pecho de Nick Benton, lanzándolo contra la mesa de Roy.

Ted se dejó caer en el suelo al tiempo que se revolvía otra vez.

Matew y Turk tenían el revólver en la mano.

En la oficina del nuevo Banco de Long *Poney* se produjo un trueno ensordecedor provocado por los estampidos casi simultáneos de tres revólveres.

La garganta de Turk fue atravesada por un plomo y se derrumbó estrellando la cabeza contra una escupidera de latón.

La cara de Matew logró su expresión más candorosa porque se estaba yendo al otro mundo. Una posta le había mordido en el estómago. Dio un traspié dejando caer el revólver para llevar las manos a la parte que le quemaba, pero se abatió sin conseguirlo.

Ted estaba también inmóvil, mirando el agujero que había en el panel, a dos pulgadas de su cabeza. Había sido el rubio de los ojos

soñadores quien le envió aquel plomo que pudo acabar con su vida.

De pronto oyó una risa.

El que reía era Nick Benton y su boca se llenó de espuma sanguinolenta.

—Fue divertido. La mar de divertido… Lástima que no haya podido terminar la representación. Te engañé, ¿verdad que sí, Ted? Dime que soy un artista. ¡Dímelo, maldita seas, antes que muera! ¿No creíste que era Scob? Anda, responde. ¿Verdad que lo has creído hasta el último momento? Scob Darrat. Has creído que era Scob Darrat.

—Confieso que por un instante tuve una sospecha, pero también debo decirte que la aparté enseguida. De modo que Nick Benton y Scob Darrat son dos personas distintas.

—¿Dónde está Scob?

—En la Quebrada del Valle Perdido —dijo Nick, y se desplomó quedando exánime.

La trampa del suelo fue abierta y apareció Roffy gateando por el suelo, seguido de Roy.

—¡Dios mío! —exclamó el abuelo—. Scob ha muerto.

—No es Scob —respondió Ted—. Sólo su doble. He de ir por nuestro socio.

Aporrearon la puerta y Ted la abrió.

Piper y Tobías entraron en la oficina, seguidos del *sheriff* de Long *Poney*, Dark Talbot, un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, bigote espeso y pies planos.

—Demonios —exclamó la autoridad viendo el ataúd y los cadáveres—. ¿Qué es esto? ¿Un Banco o una funeraria?

El doctor Lewis Dexter se encontraba en su gabinete auscultando el pecho de un minero barbudo.

—Tosa.

El minero tosió con tanto entusiasmo que espolvoreó de saliva la cara del médico.

Éste se limpió con la manga.

—No tosa.

El minero obedeció permaneciendo con los ojos fijos en el diploma de la pared expedido por la Universidad de Princeton y que acreditaba el doctorado de Lewis J. Dexter.

El médico se irguió y se encaminó a su mesa.

—¿Qué tengo, doctor?

—Está usted perfectamente, señor Baxter, y vivirá para ver a sus nietos.

—Pero si no me he casado.

—Si yo estuviera en su lugar me apresuraría a hacerlo.

—¿Eh? ¿Quiere decir eso que estoy muy mal?

—En absoluto, señor Baxter —le sonrió dulcemente el doctor Dexter—. Sólo lo decía por los nietos. Si se casa ahora que tiene cincuenta y dos años, todavía podría cumplirse mi profecía.

El minero comenzó a ponerse la ropa.

En aquel momento llamaron a la puerta y el doctor acudió a abrir.

—Caramba, qué sorpresa, Clarianne. Pasa.

La hermosa señorita Felker entró en el gabinete del doctor cuando ya el minero Baxter se ponía la chaqueta.

—No quiero molestar —dijo—. ¿Cuánto le debo, doctor?

—Nada.

—Pero, doctor, me ha dedicado casi media hora.

Lewis le pasó el brazo por los hombros acompañándole hacia la puerta.

—Eso ya no tiene importancia, Clark. Cuando encuentre su filón podrá pagarme, pero mientras tanto, no le aceptaré un solo centavo. Y ya sabe que me tiene a su disposición.

—Es usted un santo, doctor —dijo Baxter e intentó besar la mano de Lewis, pero éste no lo dejó porque ya sabía que era un baboso.

Después de cerrar la puerta tras de su cliente pobre, Lewis se volvió con una sonrisa y se encontró con la muchacha que estaba en el hueco del gabinete.

—Ese hombre tiene razón. Es usted un hombre único doctor Dexter.

—Por favor no me avergüence. Son cosas que no tienen importancia.

—¿Cómo está Elva?

—Un poco mejor.

—¿Puedo verla?

—Desde luego.

Lewis la precedió por un corredor y poco después llegaban a un dormitorio donde había tendida una joven de gran belleza. Su cabello era rubio, las mejillas hundidas y los labios gruesos.

—Oh, Clarianne, cuánto me alegro de que hayas venido.

—¿Cómo estás, Elva? —dijo Clarianne, y la besó.

—Esta noche apenas he podido pegar ojo. Me dolió mucho la espalda, pero Lewis me calmó con una inyección. No sé qué sería de mí sin él.

—¿Lo ve usted, doctor Dexter? —sonrió Clarianne—. Ese minero tenía razón. Es usted un santo.

—¿Por qué, si sólo hago que cumplir con mi deber?

—¿Se han enterado de las últimas noticias? —preguntó Clarianne—: Intentaron asaltar el Banco, pero Ted Hammer mató a dos salteadores. Uno de ellos se hizo pasar por Scob Darrat. Era Nick Benton, mi exsocio. Nick Benton y Scob Darrat se parecían como dos gotas de agua.

—En realidad, creo que todos son unos aventureros —comentó Lewis—. Ese Hammer no me inspira mucha confianza.

—No soy de su misma opinión, doctor Dexter. Por el contrario, creo que Ted Hammer es un hombre justo y razonable.

Los ojos de doctor miraron con simpatía a Clarianne.

—No irá a decir que está enamorada de él.

—¡Oh, no, qué tontería! Sólo lo he visto dos veces.

—Lo celebro mucho —dijo Dexter, y de pronto tosió suavemente —. Le voy a preparar un poco de café.

—No se moleste por mí, doctor.

—No es molestia —sonrió Lewis y salió de la estancia.

Cuando las dos jóvenes quedaron solas, Elva lanzó un suspiro.

—Sólo hace que hablar de ti, Clarianne.

—De algo hay que hablar, ¿verdad? El doctor y yo somos amigos.

—No. Lo del doctor es algo más que una simple amistad.

—No te comprendo —dijo Clarianne, aunque lo comprendía muy bien.

—Está enamorado de ti.

—No, Elva.

—Me lo ha confesado.

Clarianne quedó si habla.

—Eres una mujer con mucha suerte. Lewis es un hombre maravilloso. Lo sé bien.

Clarianne se mojó el labio inferior con la lengua.

—Por favor, Elva. Sé que tu corazón sufre al decir eso… —Clarianne hacía esfuerzos por no decir frases hechas, aquellas frases que había oído decir a los protagonistas de los folletines, pero ahora gemía para sus adentros porque todo lo que salía de sus labios eran palabras que había leído recientemente en La hija del comanchero.

—¡Qué importo yo! —dijo Elva, y volvió la cara hacia la pared. Clarianne le puso una mano en el hombro.

—Pobre Elva… Lo amas en silencio… Desesperadamente… Es muy doloroso amar sin esperanzas. ¡Caramba, otra vez!

—¿Eh? ¿Decías algo? —dijo Elva.

—Nada, querida niña —repuso Clarianne, y deseó que se la tragase la tierra.

—Yo quiero vuestra felicidad, Clarianne —dijo Elva, y tomó una mano de su visitante entre las suyas. Sonrió dulcemente—. Siendo dichosos vosotros dos, yo también lo seré. El doctor ha sido el único hombre que sintió compasión por mí cuando quedé sin padre ni madre. El doctor fue ambas cosas para mí. Era inevitable que me enamorase de él, porque Lewis es un hombre que posee todas las virtudes y muy pocos defectos.

—Sí, Elva. Estoy de acuerdo contigo. Es un hombre magnífico. Yo lo aprecio mucho.

—¿Sólo lo aprecias?

—La verdad es que no creo estar enamorada.

—Clarianne, ¿lo estás de algún hombre?

—No.

—Quizá amas a Lewis sin saberlo.

—¿Tú crees, Elva?

—Muchas veces no descubrimos el amor hasta tenerlo ante los ojos, hasta que se produce un hecho inesperado que pone nuestros sentimientos en evidencia.

La mirada de Clarianne erró por la habitación mientras sacudía la cabeza de arriba abajo.

—El amor es un niño travieso que se nos sube a las barbas.

—¿Qué dices, Clarianne?

—Oh, perdona: leí una novela en que sale un abuelo muy

gracioso que dice cosas como ésa.

Elva forzó una sonrisa.

—Clarianne, no debes perder tu oportunidad. Puedes estar segura de que deseo con toda mi alma que os caséis. Si yo he de ser un obstáculo a vuestra felicidad, me apartaré de vuestro lado.

—¡Oh, no, Elva!

—Entonces, viviremos los tres juntos. ¡Qué buena eres! Si pudiese alzarme, te comería a besos.

—Pero, Elva, yo no he dicho…

En aquel momento se oyó un fuerte carraspeo y Clarianne hubo de guardar silencio.

El doctor entró en la habitación portando una bandeja con el servicio.

—Se acabaron las confidencias —dijo sonriendo.

Clarianne sintió un gran desasosiego al encontrarse ahora ante aquel hombre. Bebió el café en silencio y estuvo a punto de tirar la taza cuando oyó decir al doctor:

—Clarianne, necesito hablar con usted.

—¡Oh! ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—Se me ha hecho muy tarde. Justamente a esa hora he sido convocada por la Liga contra el Alcohol. Ustedes me perdonarán.

Besó rápidamente a Elva y alargó la mano a Lewis.

—La acompañaré, Clarianne.

—No se moleste, conozco el camino —dijo la joven mientras se dirigía precipitadamente hacia la puerta—. Volveré muy pronto, Elva.

Al quedar solos, le preguntó él:

—¿Qué le has dicho?

—Lo que tú me dijiste, y te puedo asegurar que representé mi papel a la perfección, como siempre:

—¡Maldita sea! ¿Qué pasa aquí? Nunca había fallado el número.

—Quizá ella no te encuentre atractivo. Quizá ya estás demasiado viejo para ciertas cosas.

Echó a correr por el pasillo y salió de la casa.

—Espere, Clarianne —dijo el doctor Lewis yendo tras ella hasta el porche, pero Clarianne ya estaba en la verja del jardín.

—Me dirá lo que sea en otro momento, doctor… Ya sabe, la

Liga…

El doctor Lewis vio cómo desaparecía la joven y permaneció allí un rato pensativo. Finalmente entró en la casa, yendo a la habitación de Elva.

Al entrar en el dormitorio de la joven, vio a ésta de pie, junto a la cama, encendiendo un cigarrillo con la llama de un fósforo.

—¿Qué le has dicho, Elva?

Lewis se llegó ante ella y le soltó una bofetada. El cigarrillo que Elva tenía en la boca escupido por el aire y la joven fue a golpear las espaldas contra la pared.

—Te lié dicho unas cuantas veces que no me pongas las manos encima, Lewis.

—Y yo también te he advertido que no acepto impertinencias, vengan de donde vengan.

—Muy bien, gran hombre. ¿Por qué Clarianne no se ha rendido en tus brazos?

—Caerá como las demás… Como Otilia, Edith, e igual que Mauren. Tuve que pensar mucho para montar el espectáculo. Quiero que cada vez que lo pongamos en marcha, la representación sea un éxito.

—Pero las cosas no ocurren como en esos tres casos. Algo falla. ¿Lo reconoces?

—Infiernos, no puedo haberme equivocado. Siempre pensé que a esa chica le gustaban los melodramas. ¿Cuál mejor que presentarme ante ella como un hombre sensible, protector de una huérfana, que yace en la cama con la columna vertebral rota?

—Quizá exageraste un poco.

—¡No, maldita sea! Lógicamente esa chica ha debido sentirse la protagonista del folletín.

—Eso es lo que tú pensaste, pero por lo visto, se conforma con un papel secundario. Por otra parte, no me gusta tu forma de mirarla.

—¿Eh?

—A veces tengo la impresión de que realmente te has enamorado de ella, Lewis, y eso no me gusta nada.

—Sólo estás diciendo tonterías. ¿Me interesó Otilia, Edith o Mauren? Sólo su dinero, sus propiedades… ¿Cuánto me ha durado cada una de ellas después del matrimonio? Tan sólo unos meses. Mi

mujercita de turno se iba al otro mundo después del tratamiento que le recomendaba para que conservase la línea, un maravilloso tratamiento a base de arsénico. Así ha sido cómo he enviudado tres veces y cómo me convertí en dueño de lo que a ellas les pertenecía.

—Cuando pienso en la cantidad de dinero que ha pasado por tus manos…

—¿Me vas a recriminar ahora? A los dos nos gusta la buena vida. Cada vez que damos un golpe, ¿quién quiere que vayamos a las grandes ciudades? Yo tendría bastante con Kansas City, pero a ti te gusta Nueva York, Chicago, San Luis… A mí también me gusta la buena vida, y eso cuesta caro. A veces han bastado cuatro o cinco meses para acabar con la herencia, pero esta vez no habrá nuevos casamientos. Con el de Clarianne me bastará.

—¿Crees que ese pozo de ella dará para tanto?

—Te tengo reservada una sorpresa. —Lewis sacó un sobre del bolsillo que agitó en el aire—. Hoy he recibido un informe de los peritos, ya sabes, les envié una muestra de plata de Clarianne.

—¿Y qué dicen?

—Tu mineral contenía un noventa por ciento de plata… ¿Lo comprendo, Elva?

—Sí. Lewis, pero sigo pensando en que te va a ser muy difícil conquistar a esa muchacha.

—No puede fallarme.

—Es posible que a la larga no te hubiese fallado, pero ha surgido ese Ted Hammer.

—¿Qué pasa con Ted Hammer?

—Tú análisis psicológico de la muchacha fue certero. Clarianne es una joven impresionable, pero no te presentaste ante ella bajo la personalidad que te convenía.

—¿No? ¿Qué tenía que haber hecho?

—Confieso que yo tampoco lo sabía antes, pero ahora lo sé. Me bastó ver cómo brillaban sus ojos cuando hablaba de Ted Hammer. Ese muchacho del Banco se enfrentó a unos salteadores, se jugó la piel y salió airoso, un hombre superior a los demás. Tú no has reunido esos requisitos. Ante ella has aparecido como un ser humano, pero Clarianne ve en ti un hombre débil…

Lewis sintió que la ira le invadía. Se daba cuenta de que Elva tenía razón.

Empezó a medir la estancia a grandes zancadas, nervioso, pasándose la mano por el cabello.

—¡No consentiré que nadie se interponga en mi camino!

—Si es así, te ruego que te des prisa en solucionar el asunto —la joven se tocó la espalda—. Ya estoy cansada de hacer de inválida.

—No te preocupes. Lo solucionaré pronto, muy pronto…

CAPÍTULO XIII

Los tres socios se encontraban reunidos en la oficina de Hammer. Scob compungido, con voz engolada:

—No puedo resistir que se piense mal de mí. Sí, muchachas, habéis creído que yo era un vulgar timador, el hombre que había engañado a Clarianne… Vuestra desconfianza me hiere profundamente.

Ted hacía ochos con un lápiz. Conocía a Scob y sabía que el rubio aprovechaba todas las circunstancias para dramatizar especialmente cuando podía sacar dividendos.

—¡Sí, Ted! Me duele. Me llegaste a pegar… ¿Cómo pudiste admitir por un solo momento que yo fuese Nick Benton un tipo tan indeseable?

Ted hizo una inclinación con la cabeza.

—Te presento mis disculpas, socio. ¿Está bien así?

—No. No está bien porque lo dices con ironía.

Roy apareció en el hueco.

—Caballeros, he hecho el balance. Tenemos

55 375

dólares con sesenta centavos en dinero efectivo.

—¿Qué hay de mineral? —preguntó Hammer.

—Concediéndole un valor de un veinte por ciento de plata, hay aproximadamente, unos treinta mil dólares.

Al oír aquellos números Scob se quedó con la boca abierta. Roffy se rascó la cabeza con las dos manos.

—Que me emplumen. Casi cíen mil dólares… Qué cosas, ¿eh, muchachos? Hemos estado dando vueltas a la calle Mayor de un pueblo por conseguir un dólar y aquí hemos reunido cien mil.

—Gracias, Roy —dijo Ted—. ¿Cuánto gana?

—Dos dólares diarios, más diez centavos que me pagan para el almuerzo.

—Roy, desde hoy gana cinco dólares y tendrá un dólar cincuenta para el almuerzo. Podrá despachar todos los días un buen banquetazo.

—Gracias, señor Hammer. Quiero decir, gracias a todos… Nunca tuve unos patronos tan considerados. —Roy hizo una reverencia y se encaminó a la mesa donde tenía sus libros.

Scob se apresuró a cerrar la puerta con la que ahora contaba el hueco y se volvió frotándose las manos.

—Bueno, muchachos, creo que ya no debemos esperar más.

—¿Esperar a qué? —inquirió Ted.

—A que vengan con nuevas remesas. Ya tenemos bastante.

—Scob, estás a punto de perder la dentadura —dijo Ted.

—No te comprendo.

Me comprendes perfectamente. ¿Es que no voy a sacar partido de ti? Desde que te conozco he tratado de inculcarte un poco de vergüenza, pero tienes la piel tan dura que no te logra penetrar.

Scob se rascó tras una oreja.

—Quieres un negocio serio, ¿eh, Ted?

—Nunca pensé otra cosa.

Scob dio un suspiro mirando al viejo.

—¿Lo ves, Roffy?

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—¿Es que no te has dado cuenta? Ted se ha enamorado. Hammer empezó a dar la vuelta a la mesa y Scob retrocedió. —Clama los nervios, muchacho. Sólo estoy diciendo la verdad—. Suponiendo que sea la verdad, no es la razón por la cual quiero que llevemos esto de acuerdo con la ley. Somos banqueros, unas personas a las que se ha concedido un crédito, y por nada ni por nadie quebrantaremos la confianza que han depositado en nosotros. —Señaló un montón de papeles—. Ahí tengo más de medio centenar de solicitudes de préstamos, y muy pronto habrá muchas más. Hemos de trabajar fuerte y duro investigando si esas personas que nos piden dinero lo necesitan realmente para llevar a cabo las empresas que se han impuesto. Todo aquel que haya dicho la verdad, tendrá el dinero que necesite para trabajar. He dividido la faena entre los tres. Os he reservado a cada uno quince solicitudes.

Entregó un montón de papeles a cada uno.

—Una advertencia, Scob —dijo cuándo sus socios se disponían a

salir.

—¿Qué ocurre, Ted?

—Esos préstamos están grabados con un mínimo. Naturalmente, no habrá pasado por tu mente la idea de aprovecharte.

—¿A qué aprovechamiento te refieres?

—Bastaría con que te presentases a cada solicitante pidiéndole un porcentaje para tu bolsillo si quiere un buen informe.

—Pero, Ted…, ¿qué clase de tipo crees que soy?

—Un gran muchacho, Scob. Un gran muchacho.

—Seré tan puro desde ahora que tú mismo quedarás asombrado.

—Amén —dijo Ted.

Roffy y Scob se marcharon del Banco.

Desde el intento de asalto, Ted había puesto a un lado de la entrada dos sillas, una en cada sillón, para Tobías y Piper. Cuando las oficinas estaban abiertas al público, uno de ellos estaba dentro y el otro fuera. También había hecho instalar una nueva cerradura y una barra de hierro.

Tenía el propósito de convertir el sótano en una verdadera fortaleza. Cavarían en la pared para empotrar una caja fuerte y ensancharían la superficie para guardar el mineral de plata. Si las cosas marchan bien, construiría un edificio de piedra por todo aquel año. Para decidirse a ello esperaba recibir un informe de los peritos sobre la riqueza futura de los filones de plata en Long *Poney* y posibilidades de la agricultura. Se habían encontrado, al sur, yacimientos, de plomo y también quería conocer su importancia. Pretendía favorecer a los hombres que se dedicasen a otra cosa que no fuese buscar plata, ya que cuando ésta se acabase, Long *Poney* pasaría a ser un pueblo fantasma. Canalizaría el dinero de los depositantes para fomentar riqueza Ese era el fin que pretendía lograr.

Se disponía a salir para hacer su parte en el trabajo de información, cuándo Tobías apareció en el hueco.

—Eh, oiga, señor Hammer; no le quise hablar antes de un hermano mío. Llegó aquí ayer. Se llama Emil. Está ahí fuera y quisiera hablar con usted.

—¿Para qué Tobías?

—Quiere proponerle algo.

—Un minero, ¿eh?

—No, señor
Cow-boy.
Tiene unos cuarenta años y ha pasado su vida en Texas.

—Está bien. Dile que pase.

Al cabo de un rato. Ted estrechaba la mano de un hombre de cabello rojizo, cara de rasgos firmes, ojos azules. Después de las presentaciones, Tobías salió del despacho de Hammer.

—Usted dirá, Emil —dijo Ted, prendiendo un cigarrillo.

—Verá, señor Hammer, he trabajado veinticinco años de mi vida con el ganado. De peón llegué a capataz del rancho de Kingston, en el Brazos.

—He oído hablar de Kingston, pero no le conozco. Es un rancho importante.

—Tuve que dejar a Kingston porque a la muerte del viejo le sucedió su hijo, un tipo desagradable con el que continuamente estaba riñendo. Me dije que el final sería pegarle un tiro y sólo por el recuerdo de sus padres pensé que más valía liar el petate y largarme. Sabía que mi hermano Tobías estaba por aquí y me vine por estos andurriales. Tengo un poco de dinero ahorrado, un par de miles, pero eso no es suficiente para un rancho.

—¿Un rancho en Long *Poney* Emil?

—No es ninguna locura, señor Hammer. He descubierto que en las montañas hay más de cincuenta valles con buen pasto No falta el agua.

—Pero ¿qué me dice del clima?

—Me he informado bien consultando a más de cincuenta personas. Long *Poney* permanece nevado un par de meses al año y también están nevadas las montañas, pero esos valles de que le hablé apenas conservan la nieve un par de semanas. Están protegidos por los vientos del golfo que se cuelan por los despeñaderos. Estoy seguro de que en esos valles se podría criar hasta un rebaño de cien mil reses.

—¿No le parecen muchas, Emil?

—Quiero decir que habría sitio para muchos rancheros. Yo no lo podría abarcar todo, pero Long *Poney* podría convertirse en una comarca ganadera. Me he informado de a cómo pagan ustedes aquí la carne. Cuatro veces más que en San Luis. Si yo llevase a cabo mi proyecto, la población no gastaría un centavo más de lo que un

hombre de Abilene paga por su filete. Imagínese lo demás.

—Sí, ya sé. Eso abarataría la vida.

—Exactamente, señor Hammer.

Ted miró a los ojos de aquel hombre. Eran los de un hombre avispado, pero no había malignidad en ellos.

—¿Cuánto necesita?

—Si se tratase de un gran proyecto, necesitaría diez mil, pero comprendo que usted no me puede confiar tanto dinero. Con tres mil tendré bastante para empezar. Compraría una buena docena de sementales en Brazos y traería una punta de cien caberas. Con eso tendría suficiente para que en un plazo de dos años ustedes empezasen a comer carne barata.

—Imagino que con su gran proyecto empezaríamos a comer en la próxima primavera.

—Sí, señor Hammer.

—De acuerdo, Emil. Tiene usted los diez mil dólares.

Emil se mojó la lengua con los labios.

—Bueno, puede que encuentre a un par de tipos que me avalen.

—Con uno basta.

—Gracias, señor Hammer. Iré a buscarlo ahora mismo.

—¿Por qué ir a buscarlo si lo tiene ya aquí?

Emil se quedó mirando fijamente a Ted.

—No le hablaba de su hermano —aclaró Ted—, sino de mí mismo.

—¿Usted…?

—Sí, Emil. ¿Cuándo quiere ponerse en camino?

—La verdad es que me gustaría salir mañana mismo.

—Muy bien. Pase por aquí antes de iniciar su viaje, y yo mismo le haré entrega del dinero.

—Señor Hammer…

—Bueno, Emil, tengo ahora un poco de trabajo.

Ted se levantó y dio unas palmadas en la espalda de Emil acompañándolo hasta la puerta.

Emil hizo un saludo a su hermano.

—Nos veremos muy pronto, Tobby, y te quedaste corto en lo que dijiste del señor Hammer.

Ted cambió un apretón con Emil y éste salió del Banco.

Se disponía a cerrar la puerta cuando de pronto apareció

Clarianne.

—Hola, señorita Felker.

—Perdone que no haya venido antes para firmar los documentos, pero me pasé todo el día contratando al personal para iniciar los trabajos en la mina.

—Pase.

Fueron al despacho y Ted le señaló el sillón de cuero destinado a los clientes.

—Celebro mucho que lo del asalto no tuviese éxito, señor Hammer.

—Muchas gracias, señorita Felker.

Los dos se miraron en silencio y la joven tosió suavemente.

—¿No le ocurrió nada al señor Darrat?

—Está tan sano como una manzana, aunque un poco verde.

—¿Y Roffy?

—Ha prometido estar dos días sin beber, lo cual en él es un meritorio sacrificio.

—Entonces, debo haberme confundido. Acabo de ver entrando en el saloon a un hombre que se le parecía.

Ted sonrió, pero no dijo nada. Abrió un cajón del que extrajo unos papeles.

—Puede consultarlos antes de firmar, señorita Felker. Usted se quedará con el duplicado, es el que tiene una cruz azul. Siéntese en la silla para firmar más cómodamente.

La joven se sentó en la silla, tomó la pluma y firmó en el lugar que Ted señalaba. Luego Clarianne guardó el duplicado en su bolso y alzó los ojos.

—Todavía no se ha disculpado, Hammer.

—¿Disculparme?

—Por las cosas horribles que me dijo en el hotel.

—Eh, oiga; yo no le dije ninguna cosa horrible.

—Claro que las dijo, y si fuese usted un caballero, aprovecharía esta oportunidad para quedar bien.

—No pienso aprovechar esta oportunidad.

La joven apretó los dientes rabiosa.

—Ya se me ha declarado.

—¿El doctor Dexter?

—No ha sido él precisamente, pero como si lo fuese. Se trata de

la huérfana. Pero tengo la impresión de que el doctor me va a hablar de un momento a otro.

—Magnífico. ¿Qué va a contestar usted?

—No lo sé.

—¿Cómo no lo sabe?

—Estoy hecha un mar de confusiones.

—Yo le diré cuál debe ser su respuesta. Debe negarse.

—¿Por qué?

—Porque usted no le quiere.

—¿Cómo sabe que no le quiero?

—Si lo quisiese no estaría aquí descargando su conciencia.

—Es usted un tipo desagradable. No me estoy confesando con usted.

—Ha venido en busca de un consejo, ¿verdad? Un consejo desinteresado.

—Sí, señor.

—¿Y que esperaba que yo le dijese?

—¡Es usted insufrible!

—¿Acaso esperaba que le dijese una cosa parecida a ésta?: «Me alegra mucho que el señor Dexter vaya a pedirla como mujer. Es un hombre maravilloso, ideal. Él la hará muy feliz».

Clarianne se puso en pie y lo hizo con tal violencia, que el bolso le cayó al suelo. Apoyó las palmas de las manos en la mesa y se echó sobre Ted, que continuaba sentado.

—Me arrepiento solamente de habérselo dicho.

—Yo me alegro que lo haya hecho.

—¿Eh?

—Sí. —Ted también se puso en pie—, porque me ha demostrado una cosa.

—¿Qué es lo que le he demostrado, señor Hammer?

—Que me quiere a mí.

—¡Señor Hammer…!

Ted la atrapó por encima de la mesa y la besó fuertemente en la boca. Estaban en muy mala posición, los dos casi cayéndose.

Ella logró apartar su boca de la de él.

—Señor Hammer, ¿no puede usted ponerme más cómoda? Me estoy clavando el borde de la mesa.

Él dio un tirón salvaje de ella, la levantó en vilo y antes de que

Clarianne se diese cuenta, se encontró sentada en la mesa, delante de él.

—¿Por qué eres tan bruto, Ted? —dijo tocándose una cadera. Él la estrechó entre sus brazos y la besó en los labios entreabiertos. Cuando Ted acabó, la joven estuvo a punto de caerse de la mesa. Se hizo aire en la cara con las dos manos.

—¿No hace un poco de calor aquí?

—Sí, creo que sí. —Ted abrió la ventana.

Clarianne saltó de la mesa cuando él se volvía y los dos quedaron muy juntos.

—Bueno —sonrió ella—. Ya puedes decirlo.

—¿El qué?

—¿Cómo el qué? Que si quiero ser tu mujer.

—Un poco más despacio. Nadie ha hablado de eso.

—¿Qué estás diciendo, Ted?

—Tengo que escribir a mis padres. Nunca hice nada sin el consentimiento de ellos.

—¿Cuántos años tienes, Ted?

—Veintinueve, pero los cumplí el mes pasado.

—Creo que no vas a cumplir el treinta, aniversario.

—Es posible. Tengo muchos enemigos.

—No lo decía por tus enemigos, sino por el revólver que tengo en mi mesilla de noche.

Ted se pellizcó la barbilla mirando atentamente a la joven.

—¿Qué sabes hacer en la cocina?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Mi madre me decía que una de las cosas más importantes de un matrimonio, es el estómago del marido.

—Frío huevos. Hago tortillas de dos clases, y especialmente me las arreglo muy bien para calentar lo que viene adentro de las latas de conserva.

—Sería maravilloso… mientras comamos en el restaurante.

—¡Ted!

—No protestes. ¿De qué lado duermes?

—¿Eh?

—Te lo he preguntado bien claro. ¿De qué lado duermes? No me gustaría que estuviésemos toda la noche soplándonos en la cara.

—De derecho.

—Yo también. Una buena coincidencia.
—¿He de presentar también el certificado de estar vacunada contra la viruela?
—Te la dispenso porque tienes la piel más suave que he tocado en mi vida.
—¿Has tocado muchas? —entornó ella los ojos.
—Celosa, ¿eh?
—Sí. ¿Qué pasa?
—Mi padre me dijo que me buscase una mujer que lo fuese.
—¿Algún encargo más de papá o mamá?
—Me dijeron los dos a una que si, además de belleza, tenía dinero, la cosa iría sobre ruedas y tú cuentas con la mina de plata.
—Entonces, el señor posee la esposa ideal.
—Sí, desde luego, no me puedo quejar.
—Pues ahora escuche lo que le digo, señor Hammer. ¡Váyase al infierno!
La joven se apartó de Ted, tomó el bolso del suelo y, al levantarse lo hizo alocadamente y se golpeó la cabeza contra el borde de la mesa.
—¡Oh, y encima esto! —dijo, y fue hacia la puerta.
Ted dio dos zancadas y la atrapó por una muñeca, haciéndola girar bruscamente, Clarianne fue a estrellarle el bolso en la cabeza, pero él lo impidió aferrándola también por esa mano. Luego dio un tirón brusco y le llevó las dos manos a la espalda.
Los dos volvieron a quedarse muy juntos.
—Escúchame bien —dijo—. Es mentira.
—¿El qué es mentira?
—Mis padres jamás me dijeron nada acerca de la mujer con la que debía casarme. Sólo quise enfadarte un poco, porque quería ver cómo chispeaban tus ojos. Son preciosos.
—Entonces, ¿no te importa que no sepa mucho de cocina?
—Ya aprenderás de mí… Y, en cuanto a que yo duermo de lado derecho, es falso. Nos soplaremos toda la noche, porque duermo por el lado contrario.
—¡Oh, Ted, eso… es! —se interrumpió—. No, no está bien que lo digas.
De pronto empezaron a golpear la puerta del Banco, desde la calle.

Tobías y Piper sacaron el revólver, mientras. Ted apartaba a la joven.

—¡Abrid, muchachos! ¡Soy Scob!

Ted hizo una señal a Tobías y éste abrió la puerta.

Scob entró como una exhalación y no se detuvo hasta llegar ante Hammer.

—¡Ted! —dijo resoplando como la máquina de un tren—. ¡Bill Falding…! ¡Acaba de llegar! ¡Trae a cinco hombres! ¡Y ya puedes estar seguro de que viene a cobrar nuestra piel!

CAPÍTULO XIV

Otra vez golpearon en la puerta y se oyó la voz cascada de Roffy: —¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Abran aprisa!

Tobías abrió con mucha rapidez y Roffy se coló en la habitación a una velocidad meteórica.

No pudo frenar a tiempo y se incrustó en la pared del fondo. Por fin se volvió vacilante, bizqueando los ojos.

Ted le pegó un par de bofetadas para ponerle cada ojo en su sitio.

—¡Ted!

—Ya lo sé; Bill Falding.

—En carne y hueso, muchacho… Tenemos el tiempo justo para echar a correr.

—No vamos a correr.

—Trae cinco hombres.

Scob hizo un movimiento negativo.

—Ya lo sé, pero les haremos frente.

—No cuentes conmigo, muchacho. Costé mucho de criar a mi madre.

—¿Es que vas a ser un cobarde ahora Scob?

—Soy un cobarde —afirmó el rubio.

—No podemos pasar toda la vida bajo la amenaza de Bill Falding. Llegó la hora. Él o nosotros.

—Sí, él o nosotros; pero da la casualidad de que el único que quedará en pie será él. Tú no has visto a los tipos que se ha traído. Cuéntaselo, Roffy.

El abuelo danzó nervioso.

—¿Te acuerdas de Mike Poca Sangre, Ted?

—Le perdonamos la vida en Hondo cuando sorprendimos a Casidy.

—Te dije que algún día te arrepentirías por haberlo dejado

marchar.

Mike demostró a las claras que acababa de llegar y no tuvo que ver con el asesinato de aquellos rancheros. Por eso le dejé. Era justo, aunque sabía que era un tipo poco recomendable.

—¿Pues por lo visto, ha llegado aquí para agradecerte aquel favor?

—¿Quién más?

—Sandy el Mulato.

—Tenía muchas ganas de tropezarme con Sandy el Mulato, requerido por el *sheriff* de Blakbord y Centerville. Ha matado en total a cinco personas.

—Y ahora quiere aumentar la lista a nuestra costa —apuntó Scob.

—¿Y los otros?

—Desconocidos —repuso Roffy—. Pero tienen peor catadura que El Mulato y Poca Sangre.

Scob hizo entrechocar los dedos.

—Está claro lo ocurrido. Bill Falding se ha enterado de lo del Banco. Debimos utilizar nombres supuestos, maldita sea. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Además, yo mismo lo atraje al decir aquella mentira de que lo había visto cuando decidí admitir que era Nick Benton para que no me sacudiese más. Dicen que se llama telepatía. Uno nombra a una persona o piensa en ella y enseguida aparece.

—Bueno, Scob, no tienes que preocuparte.

—Claro que no, no tengo que preocuparme. Después de todo, tenemos un ataúd. Sólo hemos de comprar otros dos. Así la operación resultará barata.

—Scob, sabes cómo distraer a un auditorio.

—¿Qué tiene que ver eso con lo nuestro?

—Nos llegaremos al saloon y te pondrás a vender bonos apenas pongamos el pie allí.

—¿Y qué más?

—Nada. Simplemente eso. Lo demás corre de mi cuenta.

El viejo los palmeó en la espalda.

—Bueno, muchachos, yo os espero aquí.

—Tú vienes también.

—¿Eh? —Galleó Roffy.

—¿Sí? ¿Y cuál me has reservado? ¿El que recibe las balas?

—El de borracho.

—¿Cómo?

—Entrarás brindando por tu tía Teresa y por todo lo demás…

—¡Pero si no me he echado una gota de alcohol en el cuerpo en todo el día!

—Ese personaje te viene como anillo al dedo. Lo sabrás hacer bien, especialmente sabiendo que en ello te va a ir la vida.

—¡Oh, Ted…! Existe otra forma de arreglarlo. Dirígete al *sheriff*.

—No es posible, nena. Bill no ha cometido aquí ningún delito y el *sheriff* se encogerá de hombros. Tampoco puedo pedirle que se llegue ante Falding y le conmine a que abandone la ciudad. Sé lo que ocurriría. Falding le metería dos balas en el estómago y las cosas seguirían estando igual.

Tobías carraspeó.

—Señor Hammer, parece que no ha contado usted con sus dos vigilantes. Hasta ahora rendimos poco servicio. Piper y yo estamos a su disposición.

—Muchas gracias, Tobías, pero sólo os contraté para defender el Banco.

—Déjalos —dijo Roffy sonriendo—. Bravo, muchachos, quedan admitidos. Lárguense en nombre nuestro a enfrentarse con esos hombres. Palabra de honor que los tendré en cuenta en mis oraciones… No he querido decir eso, sino que recibirán un premio de nuestra parte una vez queden tiesos. ¡Dios mío, no doy una en el clavo! Scob, díselo tú que tienes facilidad de palabra.

—Caballeros, me saltan las lágrimas…

—¡Ya está bien! —cortó el discurso Ted—. Ellos se quedan aquí y nosotros tres vamos. Está decidido. Revisad vuestros revólveres.

Scob y Roffy obedecieron la orden a regañadientes.

Clarianne lo tomó del brazo y lo atrajo a un rincón.

—Ted, si te pasa algo…

—Siempre te queda el doctor.

—Debería morderte una oreja.

—Quizá me guste… luego.

Hammer le dio un rápido beso en la boca y echó a andar hacia la puerta.

—Delante de mí, muchachos.

Pero tuvo que empujar a sus dos socios por el hueco hacia la

calle.

Tobías, Piper y Clarianne quedaron en la puerta y poco después oyeron a lo lejos a Roffy.

—¡Brindo por el 4 de julio!

Lewis Dexter estaba ante una mesa del *Poney* Saloon; pensaba en una forma de deshacerse de Ted Hammer, porque no tenía la menor duda de que Elva había acertado con respecto a los sentimientos de Clarianne.

—Caramba, doctor, qué sorpresa.

Delante de él vio a un amigo conocido suyo. Era Falding.

Bit Falding, de unos 45 años, fornido, de mediana estatura, ojos de pedernal, se sentó en una silla.

—De modo que también está usted por aquí, ¿eh, doctor? ¿A qué linda muchacha echó esta vez el ojo?

—No me gusta oírte decir esas cosas.

—No se preocupe, Dexter. No voy a desenmascararlo. Me hizo un buen favor aquella vez que me extrajo la bala. Me salvó la vida y yo soy un tipo agradecido. Pero tiene gracia eso de que pudiéndose ganar la vida como médico, se dedique a la profesión de viudo.

—¿Qué es lo que vas a asaltar de Long *Poney*, Bill?

—El Banco.

Lewis sintió un súbito interés por Bill. Era bueno aquello de que hubiese elegido el Banco, justo el negocio de Ted Hammer.

—¿Cuándo vas a dar el golpe?

—No tengo prisa. Primero liquidaré al trío de socios.

—¿Matarlos?

—He de cumplir una promesa, ¿sabe, doctor? Esos bastardos acabaron con mi hermano. Al fin los he encontrado aquí, y ahora se lo voy a hacer pagar.

—¿Cuántos hombres traes?

—Cinco, y son de los mejores.

—Bueno, Bill, te deseo una buena caza.

Lewis sonreía para sus adentros. ¡Infiernos, estaba en una buena racha! Bill Falding iba a quitar de en medio a Ted Hammer que, al parecer, había sorbido el seso de Clarianne.

—Si tiene algún enemigo en la ciudad, podría hacer algo por usted, doctor. Ya que estoy de paso, se lo quitaría del medio.

—No, Bill. Soy una persona muy querida y respetada en Long *Poney*. No tengo ningún enemigo.

En aquel momento Scob Darrat empujó las hojas de vaivén del saloon y entró llevando en la mano un abultado fajo de bonos.

—Señoras y caballeros: mis socios y yo hemos lamentado que muchos de ustedes se quedasen sin comprar los estupendos bonos que se pueden convertir en billetes ganando hasta un cincuenta por ciento de su valor.

El doctor Dexter soltó una risita.

—Bueno, Bill; ahí tienes a uno de ellos.

—Ése es el más caradura del trío —asintió Bill—. Esperaremos un poco, a ver si tenemos suerte y llegan los otros dos.

Alrededor de Darrat habían empezado a aglomerarse los parroquianos del local.

—Sí, amigos míos, Hammer, Darrat, Adams y Compañía, pensando en la prosperidad de los ciudadanos, concede una nueva oportunidad para que puedan hacer una gran inversión de sus ahorros. Debo advertirles que mis dos socios y yo estamos emocionados por el trato recibido por ustedes y queriendo demostrar nuestra satisfacción, vamos a hacer un sorteo entre todos los poseedores de bonos.

—¿Qué es lo que van a sortear? —preguntó un tipo larguirucho —. Una vaca con dos crías. Y no faltará el cencerro para que se lo pongan a tu linda mamá.

La mayoría de los clientes prorrumpieron en risotadas.

Roffy entró dando traspiés en el saloon y se dirigió al mostrador.

—¡Seis dobles, Tom!

—¡Señor Adams! —exclamó el mozo—. Se fue usted de aquí hace un momento y sólo había bebido leche…

—Ahora quiero desquitarme. Pon los seis vasos.

El doctor Dexter sonrió nuevamente.

—Ahí tienes el segundo, Bill.

—Ya sólo falta el listo de la pandilla.

—Y al mismo tiempo el más peligroso. ¿No te parece Bill?

—¿Cómo lo sabes, doctor?

—Liquidó a unos forajidos que pretendieron asaltar su Banco.

—Sí, doctor. Ted Hammer es muy bueno con el revólver. Por eso elegí a mi gente. Lo malo para Ted es que el rubio y el viejo no

están a su altura. Sólo son un par de tipos muy vulgares con el «Colt» en la mano.

—Pues ahí tienes al muchacho peligroso.

Ted Hammer había empujado las hojas de vaivén quedándose luego quieto. Sus ojos observaron a la concurrencia, descubriendo enseguida a Bill Falding en compañía del doctor. En otra mesa, debajo del reloj que había en la pared, observó cinco tipos, entre ellos Poca Sangre y Sandy el Mulato.

Scob atraía la atención de los espectadores soltando el chorro de su palabrería.

Roffy bebía su tercer doble de *whisky*.

Bill Falding se puso en pie.

—Hasta luego, doctor.

—Cuando hayas terminado el trabajo os pagaré una botella.

—Muy amable, doctor. Vaya pidiéndola ya —dijo Bill, y se encaminó a la mesa donde se encontraban sus secuaces.

Al llegar ante ellos les hizo una señal con la cabeza, sacó el revólver y de pronto hizo dos disparos contra el techo.

En la estancia se hizo un profundo silencio.

—Apártense todos desde aquí hasta la puerta.

La gente que rodeaba a Scob obedeció la orden a una. En cuestión de pocos segundos el rubio quedó solo junto a una columna.

Pero Ted había conseguido lo que quería. Él y sus dos amigos estaban muy separados. Había pretendido que Falding no los sorprendiese juntos.

Roffy bebió el contenido del cuarto vaso.

Falding se puso a la vanguardia de sus hombres.

—Hola. Ted.

—¿Cómo te va Bill?

—De maravilla. ¿Y a ti?

—No me puedo quejar.

—Lo celebro, muchacho.

Los hombres que Bill había contratado se colocaron a su lado, tres a la derecha y dos a la izquierda. Ahora dos de ellos giraron hacia Roffy y otros dos hacia Scob.

—¿Qué pasa, muchachos? —dijo el rubio—. ¿No van a aprovechar su oportunidad de comprar nuestros ricos bonos todo

nata…?

—Cierra el pico, farsante —rió Bill.

El joven chascó la lengua.

—Bill, ahora tienes la oportunidad de hacer algo honrado en tu vida. Sólo tienes que quedarte con unos cuantos de estos papelitos y estar dormido todo el día, esperando que crezca tu capital.

—Tengo una idea mejor, Scob. Me voy a quedar con todo el capital y sus intereses, sin invertir un solo dólar.

—Caramba, Bill, ¿necesitas algún socio?

—He dicho que cierres la boca, Scob. Se la puedes pegar a tu abuela… cuando estés en el infierno.

Ted Hammer ladeó ligeramente la cabeza.

—Bill, no has cambiado nada. Siempre con bravatas.

Involuntariamente Roffy dio la señal del duelo, porque pegó un salto buscando refugio a la otra parte del mostrador.

Bill y los suyos tiraron del revólver.

Pero el primero que empezó a crepitar fue el que manejaba Ted Hammer.

Scob saltó también como Roffy, colocándose detrás de la columna.

Sintió cómo dos postas se clavaban en la madera.

Los dos hombres que habían disparado quedaron un poco aturdidos y otra vez trataron de atravesar la columna, pero de pronto se encontraron con la sorpresa de que Scob aparecía a gatas escupiendo fuego por el «Colt».

Los dos tipos se abatieron.

Para ese entonces hacía un buen rato que Ted había acabado con Bill Falding y Sandy el Mulato.

Los dos eran también muy rápidos y lograron disparar, pero apretaron el gatillo mecánicamente porque ya estaban muertos. Bill Falding había recibido un balazo en el corazón, y Sandy lo paró con la cabeza.

Mike Poca Sangre y el otro fulano encargados de acabar con Roffy enviaron sus balas por el lugar donde había desaparecido el viejo.

No contaron con que su jefe y Sandy acabasen la función tan pronto.

Se revolvieron para disparar contra Hammer, pero éste no había

interrumpido un solo momento su largo trueno.

Los dos fulanos fueron ensartados por el pecho y el estómago. Retrocedieron levantando los brazos espasmódicamente y sus balas fueron a estrellarse contra el viejo techo. Finalmente dejaron caer sus revólveres y se derrumbaron.

De pronto Ted sintió que una bala le rozaba el cabello.

Se dejó caer en el suelo mientras giraba.

Se sorprendió durante unos segundos al ver que la persona que le había disparado era el doctor Dexter quien, volcado sobre la mesa, manejaba un «Derringer».

Ted no le dejó apretar el gatillo una nueva vez. Puso en camino la última bala que quedaba en su cilindro.

Sólo tenía un blanco, la cara de Dexter, y hacia ella la dirigió.

El proyectil entró a Lewis por las fosas nasales y lo arrojó contra la silla en que había estado sentado.

En el saloon se hizo un silencio.

Clarianne entró en la casa del doctor y caminó por el corredor, abriendo la puerta que comunicaba con el dormitorio de Elva.

Quedó sorprendida al ver a Elva sentada en una silla, fumando un cigarrillo mientras leía un diario.

—¡Elva! —exclamó.

Elva dio un grito sobresaltada, pero al ver a Clarianne forzó una sonrisa.

—Oh, eres tú…

Clarianne señaló la cama.

—Pero no te podías mover…

—Me he sentido mucho mejor hace un rato y decidí llegarme hasta esta silla… Creí, que no llegaría nunca, pero por fin lo logré… ¿No es maravilloso, Clarianne?

—Sí, Elva, es casi un milagro, itero parece que no todo ha de ser felicidad en esta vida. He venido a traerte una mala noticia… Dexter ha muerto.

—¿Muerto?

—Sí. Debió sufrir un ataque de locura.

—No comprendo nada.

—Intentó matar a Ted Hammer. Disparó contra Ted, pero falló el intento —la joven se interrumpió.

Elva se puso en pie de un salto y Clarianne se extrañó que lo

hiciese con tanta rapidez a pesar de sil lesión en la columna vertebral. Todavía se sorprendió más cuando la vio andar muy rápidamente hacia la cama, meter la mano bajo la almohada y esgrimir un revólver.

—¿Qué te pasa, Elva?

—Yo te lo diré, monada. Todo ha sido por tu culpa. Tú lo has echado a perder… Dexter sólo pretendía casarse contigo para luego acabar con tu miserable vida…

—¡Elva!

—Ya lo hicimos tres veces con anterioridad, y siempre salió bien, pero tuvimos que llegar aquí y enfrentarnos contigo. Sí, mosquita muerta. A ti te debo eso. Que haya perdido al único hombre que he querido en mi vida, a mi amante.

—¿Qué monstruosidad estás diciendo, Elva?

—Pero ha llegado el momento de mi venganza.

Elva levantó el revólver para disparar, pero el estampido no se produjo en la mano sino cerca del hueco de la puerta.

El «Colt» voló de la mano de Elva, quien miró asombrada a aquel hombre alto, de cara seria.

—¿Por qué viniste sola, Clarianne? —dijo Hammer—. Debiste esperarme.

El *sheriff* dio un suspiro.

—Enviaré a Elva Collins al *sheriff* de Álamo Gordo. Es allí donde el doctor Dexter mató a su última mujer. Él sabrá dar el curso al procedimiento. Elva no ha querido decir nada con respecto a las otras mujeres, pero el *sheriff* de Álamo Gordo investigará la vida del doctor y saldrá a relucir todo. Aunque debo hacerle una confesión: no creo que la muchacha sea condenada, porque está loca de remate. El *sheriff* hizo un saludo con la mano y se fue hacia la calle. Estuvo a punto de tropezar con Clarianne que llegaba en aquel momento.

—Dispense, *sheriff*.

—Parece que tiene mucha prisa, Clarianne.

—Sí, *sheriff*. Mucha —la joven llegó ante la mesa de Ted, tomó el dietario y un lápiz y pasó cuatro hojas.

Escribió con letra clara y luego lo puso delante de Ted.

La fecha se refería a cuatro días más tarde y Clarianne había

escrito:

> «Muy importante: A las diez, casarme con Clarianne»

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain